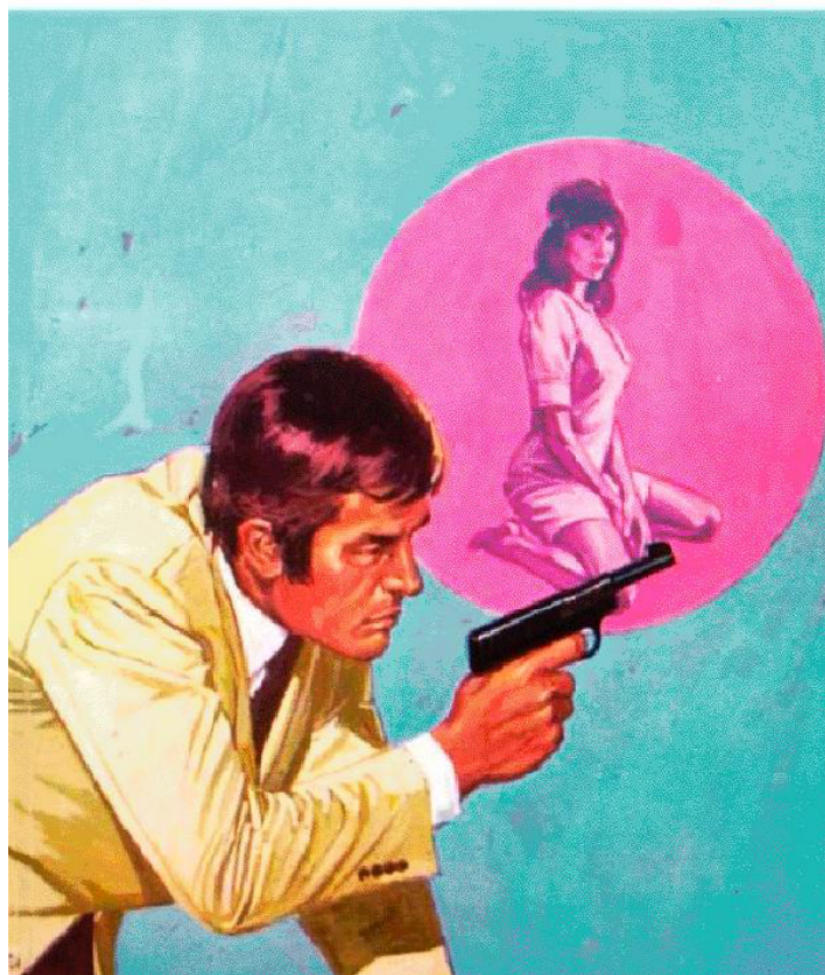




sólo para audaces

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en anunciar la incorporación a su prestigioso grupo de colaboradores de un autor cuyos lectores se cuentan ya por millares.

**Lou
CARRIGAN**

cuyas obras, verdaderas joyas de la literatura policiaca, aparecerán quincenalmente en la colección:

LA HUELLA

La intriga, el suspense y la acción incesante, son las características más acusadas de este autor cuyas obras le apasionarán sin duda alguna.

APARECERA A LA VENTA EN JUNIO

CLARK CARRADOS

SOLO PARA AUDACES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 632
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

Déposito legal: B 12.504 - 1974

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: juni, 1974

© CLARK CARRADOS - 1974
texto

© JORGE SAMPERE - 1974
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.372. — La justicia reclama su deuda.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.228. — Retrato de una dama sin rostro.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058. — Sed de oro, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717. — Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526. — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

606. — El asesino idiota.

CAPÍTULO PRIMERO

La radio emitía suave música de fondo, que se acompasaba con el rítmico chapoteo de las olas. Tumbada al sol en la pequeña plataforma de popa, la muchacha parecía una diosa de bronce. Estaba boca abajo y sus largos cabellos negros se habían esparcido como un abanico sobre la colchoneta multicolor en la que reposaba.

Junto al timón de la motora, Bruce Gilbert fumaba apaciblemente, dejando que el sol secase las gotas de agua que aún brillaban sobre su piel atezada. En la mano izquierda sostenía un vaso empañado por el hielo con el que se había enfriado la bebida que lo llenaba casi por completo.

La costa estaba lejos, casi en el horizonte, como una línea de oro sobre la que daban de lleno los rayos del sol. En aquellos momentos, Gilbert y la chica estaban solos en el mar.

Al menos, eso creían. Ella, de pronto, incorporó ligeramente la cabeza.

—Gil, ¿me llevarás esta noche a bailar al
Peg's?

Los entendidos llamaban así al Pegassus, uno de los locales más acreditados de la capital griega. Gilbert, sin embargo, se había forjado otros planes.

—Hubiera preferido otra cosa, pero si tienes ganas de ir al
Peg's...

—contestó.

—¿Cuál es la otra alternativa, Gil?

—Cena en la terraza de mi cuarto, con velas y un poco de luz de luna. Música de fondo... y tú y yo y una botella de champaña.

Ella rió.

—No está mal. Iremos otro día al
Peg's.
Mañana, por ejemplo —aceptó el plan.

—Iremos, oh amiga de la sabiduría.

—¿Cómo? —Respingó ella.

Gilbert no contestó. En aquel momento, tenía la mano puesta sobre la frente a guisa de visera.

Dejando una doble estela de blanca espuma, una embarcación se acercaba a buena marcha a la motora. Gilbert empezó a sentirse preocupado.

—Mi sexto sentido me dice que aquí va a haber jaleo dentro de poco —murmuró—. ¡Sofía! —llamó.

La chica se incorporó levemente.

—¿Gil?

—Baja de la colchoneta inmediatamente. Tiéndete debajo del saliente de popa. Anda, rápido, no hagas preguntas —se anticipó él a las que la muchacha pensaba formularle.

Sofía obedeció en el acto. La otra embarcación estaba ya a menos de doscientos metros de distancia.

Gilbert dio el contacto y dejó el motor al ralentí. Una exclamación de disgusto brotó de sus labios.

—Ni aquí pueden dejarme tranquilo —masculló.

Ignoraba los móviles de los que ocupaban la lancha que se le acercaba, pero estaba seguro de una cosa: sus intenciones eran todo menos amistosas.

Gilbert estaba prevenido. A pesar de que se hallaba de vacaciones, no quería nunca que los acontecimientos le pillasen por sorpresa. «Uno nunca sabe...», era su lema favorito.

La otra lancha se acercó hasta quedar a unos quince metros de distancia. En el pequeño puente había un bulto cubierto con una lona. El patrón estaba junto a la rueda. A su lado, justo detrás del bulto, había otro hombre. Dos más aparecían en la cubierta posterior. Todos ellos tenían un rasgo común: rostros duros y ceñudos.

El patrón tenía un altavoz eléctrico en la mano.

—Eh, oiga, ¿es usted Bruce Gilbert? —preguntó.

—Sí, el mismo —respondió el interpelado—. ¿Qué quieren de mí?

—Un momento, lo sabrá ahora mismo.

El tipo que estaba tras el bulto tapado con la lona, tiró de ésta y lo dejó al, descubierto. Los ojos de Gilbert captaron inmediatamente

la figura de la ametralladora pesada, lista para hacer fuego.

Simultáneamente, los otros dos sujetos empuñaron sendas pistolas, de cañón extraordinariamente largo. Gilbert lo vio todo en una fracción de segundo y, en el acto, se tiró sobre la cubierta, protegido por la borda de la motora.

Una tempestad de proyectiles cayó sobre la embarcación. Pero Gilbert estaba ya preparado.

Tenía una bomba de mano en la derecha, que movió con fuerza. El ovoide negro saltó por los aires y estalló junto a la borda de la nave atacante, haciendo volar a los dos pistoleros hasta la opuesta.

La ametralladora calló un instante, desconcertado su sirviente por la inesperada reacción del atacado. Cuando quiso reaccionar, una segunda bomba de mano explotaba debajo del afuste.

Tirador y máquina saltaron un par de metros por los aires, convertidos en pedazos. El patrón se tambaleó, aturdido por la explosión.

Gilbert se puso en pie. Aún tenía la tercera bomba y la arrojó al puente. El patrón la vio venir y se tiró de cabeza al agua.

A Gilbert no le escaseaban nunca las bombas de mano. Tenía un proveedor que le surtía siempre de ese material de guerra. A buen precio, claro, pero Gilbert no regateaba los billetes. Sacó la cuarta bomba de mano y se la tiró al sujeto que trataba de alejarse a nado.

La granada le explotó entre las piernas. Gilbert tenía el ceño fruncido.

—Yo no os había hecho nada —masculló, cuando vio un cuerpo destrozado que flotaba sobre las aguas teñidas de rojo.

La otra motora despedía humo. Algunas de las explosiones había provocado fuego a bordo. De pronto, salieron llamaradas por alguna parte.

Gilbert aceleró para escapar de aquel lugar. A los pocos momentos, oyó una tremenda detonación.

Se volvió. Los tanques de combustible de la nave atacante habían explotado. Ahora era una masa de llamas la que se balanceaba sobre un mar apenas rizado.

Sofía asomó su cara asustada por debajo de la colchoneta.

—Gil, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó.

El se echó a reír.

—Nada, solamente cuatro granujas que han ido a presentar sus

respetos a Satanás —contestó.

Y más tarde, a un kilómetro de la costa, lanzó un par de flotadores al agua.

—Vamos a tener que nadar, preciosa —dijo.

—Pero si..., si estamos a flote...

—La lancha se hunde, Sofía. Y te daré un consejo: mantén la boca cerrada. Nos hemos hundido casi de repente; hemos tropezado con un pecio que no vimos a tiempo, eso es todo lo que tienes que decir, ¿comprendes?

Ella le miró. Por su mente pasaron historias de espías y agentes secretos, que luchaban entre sí despiadadamente. Sí, era mejor mantener cerrada la boca.

—Descuida, Gil —contestó.

Gilbert lanzó una ojeada a la embarcación en la que, a primera vista, se apreciaban no menos de cincuenta impactos de bala. Si aparecía en el puerto en semejante estado, le harían muchas preguntas y no sentía ganas de contestar a ninguna.

—¡Al agua, preciosa! —exclamó.

En las cercanías del puerto había tiendas donde compró algunas ropas. Sofía se marchó a su casa. La cena de aquella noche se había estropeado; a la chica no le había salido aún el miedo del cuerpo.

Gilbert no se lo reprochó. Era una actitud muy humana. Bien, descansaría... y no se propuso averiguar los motivos de tan insólito ataque, porque no sólo desconocía a sus autores, sino que ni siquiera sabía por dónde empezar.

El recepcionista del hotel le entregó una carta cuando entró en el vestíbulo.

—Para usted, señor Gilbert.

—Gracias.

Gilbert se echó la carta al bolsillo. No tenía ganas de abrirla en público. Parecía una carta corriente, pero antes de abrirla quería examinarla. Un sobre de apariencia normal podía encerrar una trampa mortífera, sin necesidad de que su remitente emplease explosivos.

Había sustancias tóxicas que impregnaban la piel y causaban la muerte en pocos minutos, con horribles sufrimientos. Gilbert, precavido, tenía medios para averiguar si la carta se podía leer o era preferible destruirla.

El ascensor le llevó al cuarto piso, en donde estaba su habitación. Abrió la puerta y entonces vio a la mujer de negro, que le aguardaba sonriente, con un vaso alto en la mano derecha. Había otro igual, ya con bebida, en una mesita cercana.

El vestido negro era de tejido muy liviano y estaba lleno de un cuerpo escultural. En la parte delantera tenía una abertura en forma de V, que llegaba hasta el estómago. No había tela en la espalda y, apenas un par de centímetros más abajo de la cintura, se producía una segunda abertura, que permitía ver una pierna de contornos perfectos.

Los ojos de la mujer le miraban maliciosos. Sus pupilas eran de color verde muy claro, casi amarillento. El pelo, tan negro como el vestido, estaba peinado en un alto copete cónico, sujeto por unas cuantas vueltas de hilo de oro con perlas.

—Bien venido al hogar, Bruce Gilbert —dijo ella con voz suave y melodiosa—. Soy Tania Shadowa.

—Miss Mundo, a menos que esté casada —contestó Gilbert.

Tania rió sin estridencias.

—Podría ostentar sin desdoro ese título, si me presentase al concurso. Pero no lo necesito.

—No, no lo necesita. De todas formas, el jurado, que soy yo, acaba de otorgárselo a la única concursante. ¿Me permite mirar su bolso?

—Indiscreto. Un caballero no debe examinar jamás el bolso de una dama, ni aunque sea su esposa.

—Un bolso de señora es el lugar ideal para esconder armas: puñal, veneno, una bomba...

Gilbert tenía ya el bolso en las manos. Tania dijo:

—No lo abra. La trampa está en el broche.

—Por usted, moriría encantado —aseguró él fríamente.

Y abrió.

No había trampa, aunque sí un pequeño revólver, niquelado y con cachas de marfil, que pasó a poder del hombre.

—Ya puede hablar, Tania —invitó.

—¿No quiere tomar un trago? —sugirió ella.

—No he preparado yo la bebida. Y después de su paso por mi habitación, tendré que pedir botellas nuevas, con los precintos intactos.

—¡Desconfiado!

—Lo hace la profesión, Tania.

—Al menos, beba de mi vaso...

—Beba primero la mitad. Yo lo haré dentro de diez minutos.

Tania suspiró.

—Está bien —aceptó la decisión del hombre. Consumió la mitad del líquido y dejó el vaso a un lado—. Bruce, ¿aceptaría una prima de un cuarto de millón por un trabajo de alta especialización? —dijo de repente.

—Ese cuarto de millón no será de liras, ¿verdad? —dijo él sardónicamente.

—¡Tonto! La salud del dólar no es buena, pero las gentes siguen disputándose todavía un puñado de sus enfermos billetes. Se le pagará ese cuarto de millón en la moneda que prefiera y según la cotización de hoy. Bien, ¿qué me dice?

—Si piensa que por ese dinero he de asesinar a alguien, está muy equivocada, Tania.

—No le pido asesinatos, sino trabajo. Arriesgado, se lo anticipo, pero no sólo la recompensa lo merece, sino los motivos por los cuales he venido a contratarle.

—¿Puedo saber cuáles son esos motivos, Tania?

—Sí. El diamante Giant Sun, si es que alguna vez ha oído hablar de una piedra que pesa más de ocho mil quinientos quilates.

CAPÍTULO II

Gilbert miró de soslayo a su bella visitante. Tania sonrió imperceptiblemente.

—No, no me mires así —le tuteó de pronto—, no estoy loca; he dicho más de ocho mil quinientos quilates, y puede que me quede corta.

—Son casi doscientos gramos de diamante...

—Teniendo en cuenta que la Oficina Internacional de Pesas y Medidas estableció el peso del quilate métrico en doscientos miligramos, es decir, un quinto de gramo, tu cálculo resulta notablemente correcto.

—¿Dónde está ese diamante?

—Ah, eso es cosa tuya. Encontrar el Giant Sun y los cuarenta o cincuenta diamantes que lo acompañan, naturalmente, de tamaño mucho menor, es algo de lo que deberás ocuparte tú.

—Por un cuarto de millón.

—Exacto.

—Tania, dime una cosa, ¿por qué yo?

—¿No te llaman el hombre infalible?

—Nunca faltan comentarios exagerados —rió él.

—Además de no fallar nunca, eres un tipo sin entrañas, justo lo que necesitamos.

—Lo que significa que tendré que «apiolar» a alguien.

—Uno más, ¿qué importa? —repuso ella con indiferencia.

—Antes me dijiste que no habría muertes...

—Perdón —corrigió Tania—, dije que no te encomendaría un asesinato pagado. Pero eres lo suficientemente listo para comprender que, quien ha robado el Giant Sun y su corte, no lo soltará tan fácilmente, y que hará todos los posibles para impedirlo.

—En resumen, tendré que atacar y, al mismo tiempo, defenderme.

—Justamente. Pero te defenderás con éxito y conseguirás el triunfo en el ataque.

—Muy optimista eres, Tania. ¿Dónde está el Giant Sun?

Ella tardó unos segundos en comprender el significado de las iniciales. Luego exclamó:

—Ah, ya entiendo. He dicho antes que deberás encontrarlo tú mismo, aunque opino que una entrevista con la dueña de la joya y de su corte de piedras preciosas, te será muy útil.

—¿Está esa dama en Atenas?

—Bruselas. Se llama Maxence van der Carveen.

—¿Guapa?

Tania se echó a reír.

—Ve a verla. Una mujer no debe definir nunca a otra, al menos en lo físico.

Hasta entonces, había estado sentada en el brazo de un sillón, con las piernas cruzadas. De pronto, se puso en pie.

Un paquete delgado, de forma oblonga, salió del bolso y quedó sobre la mesita.

—Diez mil para gastos, no descuentables del precio acordado —indicó.

—La señora Van der Carveen es muy generosa —dijo él.

—¿Te imaginas el valor de las piedras que le han robado?

—No, eso es algo totalmente inimaginable.

—Celebro que pienses como yo, Bruce. En tal caso, comprenderás que pagar un cuarto de millón por el rescate de las piedras es tanto como dar un par de francos de prima por la devolución de un perro de raza perdido.

—Se me está quedando la boca seca —dijo Gilbert.

—Termina mi vaso —contestó ella con indiferencia.

Y se encaminó hacia la puerta.

Gilbert la llamó de pronto.

—Tania.

Ella se volvió.

—¿Bruce?

—¿Adónde vas ahora? ¿Dónde podré verte?

Tania sonrió de un modo extraño.

—*No comment* —respondió.

Y salió, cerrando la puerta sin hacer ruido.

Al quedarse solo, Gilbert, lleno de perplejidad, se rascó la cabeza mientras contemplaba el paquete del dinero. Acababan de encomendarle una misión, probablemente la más extraña de su azarosa existencia...

—No, no me la han encomendado —murmuró—. Simplemente, me lo han ordenado y ni siquiera me han permitido formular la menor objeción.

Tomó un sorbo del líquido que quedaba en el vaso de Tania. Extraña mujer. Y muy atractiva.

Se preguntó si el ataque de la lancha habría tenido algo que ver con el Giant Sun. En todo caso, el dueño actual de la piedra era terriblemente rápido actuando.

Y una cosa era segura: Tania había sido seguida. Incluso cabía la posibilidad de que conocieran previamente el paso que iba a dar al visitarle.

Permaneció inmóvil, simulando indiferencia. De pronto, acababa de adquirir la convicción de que no se hallaba solo en la estancia.

Tranquilamente se quitó la camisa, como si fuera a vestirse. Se acercó al armario, pero, en lugar de sacar otra camisa, apareció de pronto con una pistola en la mano.

—Está ahí, tras las cortinas —dijo fríamente—. Salga de su escondite o llenaré su cuerpo de plomo.

Las cortinas se agitaron un momento. Luego se descorrieron.

Una hermosa mujer apareció ante los ojos de Gilbert. Era rubia, muy esbelta, de ojos azules y cándidos.

—No vaya —dijo—, no acepte esa misión.

—Lo ha oído todo, ¿eh?

—Sí. Me había escondido aquí antes de que ella viniera.

—En tal caso, ¿por qué no salió después de que se marchó?

La rubia dudó.

—No vaya a Bruselas —insistió.

—En primer lugar, ¿por qué no me dice su nombre, preciosa?

—Sue Brewster, pero...

Las rodillas de Sue se doblaron de pronto.

—Me muero —gimió.

Lentamente, se inclinó, hundió la cara en la alfombra, pataleó un poco y luego se quedó quieta. En el centro de su espalda asomaba el mango de un puñal.

Gilbert inspiró con fuerza. En su vida había visto a Sue Brewster ni tenía la menor idea de su personalidad, pero ahora la tenía frente a sí, apuñalada, aunque no tan certeramente que no hubiese tenido tiempo de lanzar su advertencia.

Durante unos segundos, permaneció quieto, irresoluto. De repente, se acordó de la carta que le habían entregado al regresar de su accidentada excursión marítima.

Sacó la carta y la sopesó unos segundos. Por precaución, se puso unos guantes. Luego, con un cortaplumas, rasgó el sobre con infinito cuidado. Parecía muy liviano, pero podía contener algunos gramos de explosivo que estallaría al simple contacto con el aire o con la luz.

Sus temores eran infundados. Dentro del sobre sólo había una cuartilla corriente, plegada en dos dobleces. La extendió y leyó:

«Si has escapado del ataque de la barca, cosa que no me extrañaría, no dejes de tener en cuenta que, en todo caso, ha sido una muy seria advertencia. No busques el G.

S. Es

mío y mataré a todo el que intente quitármelo. Incluso a ti. Hombre Infalible».

La carta no llevaba firma, pero su autor parecía conocerle muy bien. Y, en aquel momento, Gilbert tuvo la sensación de que también lo conocía.

Sin embargo, no se sentía capaz de identificar al remitente de la amenazadora misiva. Tal vez le convendría estudiar y analizar el mensaje con más detenimiento. Ahora...

Fue al cuarto de baño, abrió el grifo del agua caliente y esperó unos instantes. Llenó un vaso de agua casi hirviendo y regresó a la sala.

El agua caliente se derramó sobre las caderas de Sue. Se oyó un grito de dolor. Sue se puso en pie de un salto.

—¡Bruto, salvaje! —le apostrofó.

—Otra vez, cuando simules tu muerte, hazlo con más realismo. Engañas a primera vista, cierto; pero el truco se descubre en seguida.

Ella le miró inquisitivamente, mientras se frotaba las caderas,

todavía escocidas, con ambas manos.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

—Una herida como la tuya, real, no sangra mucho, pero sangra. Lo que no comprendo son tus intenciones. ¿Por qué has simulado morir?

—¿Quieres saberlo?

Sue sonreía incitantemente.

—Sí —contestó Gilbert.

—Acércate —pidió ella.

Gilbert dio un paso. De súbito, Sue echó hacia atrás su mano derecha, «desclavó» el puñal con centelleante rapidez y lo movió en semicírculo.

La hoja de acero silbó, buscando venenosamente la garganta del hombre. Gilbert notó un levísimo dolor en la piel que cubría la faringe.

Pero, fallado el golpe, Sue trastabilló. Su flanco derecho quedó al descubierto.

Gilbert lo golpeó con el canto de la mano izquierda. Sue chilló y se derrumbó, sin respiración a causa del golpe.

El puñal rodó por el suelo. Gilbert se inclinó para recogerlo y apreció que tenía el filo como el de una navaja de afeitar.

Entonces comprendió las intenciones de Sue. Al caer, fingiendo su muerte, él, instintivamente, debía haberse inclinado sobre ella. Sue hubiera aprovechado la ocasión para degollarle, pero su intento había fallado.

De pronto, Gilbert se sintió lanzado por el suelo. Sue acababa de propinarle un tremendo punterazo en la cadera.

Ella estaba sentada en el suelo, a cuatro pasos de distancia. Con ambas manos, tiró de los altos tacones de sus zapatos. Se puso en pie sobre las punías de los pies. Los tacones eran ahora dos afiladísimos clavos, de diez centímetros de largo.

Sue dio un enorme salto y cayó con los pies por delante. En el último instante, Gilbert rodó sobre sí mismo, evitando así un doble taconazo dirigido a su cara.

De haber logrado sus propósitos, Sue le habría traspasado la cara, tal vez los ojos. El fallo hizo que las agudas puntas se clavasen en el entarimado del suelo.

Los ojos de Sue habían perdido su dulzura. Ahora expresaban un

odio mortal.

Forcejeó para desclavarse del suelo. Gilbert se levantó y golpeó su estómago. Ella gritó. Gilbert volvió a golpear.

Sue se sentó, llorando de rabia. Gilbert la agarró por los pelos y la hizo ponerse en pie.

—¿Quién? —preguntó.

Sue apretó los labios.

—No diré...

Gilbert la zarandeo brutalmente, sin soltar su cabellera. Ella chilló como una poseída, pero el hombre no hizo caso de sus quejas.

—Dime el nombre —exigió, implacable.

—Ho... mar... Kild Homar...

—¿Dónde vive?

—Ahora no sé...

—Le has visto en alguna parte antes de ahora. Dime ese lugar.

—Le... Chat Enchainé... Está en la Chaussée de Mons...

—Bruselas, naturalmente —adivinó Gilbert.

—Sí —confirmó ella.

—Muy lejos te has desplazado para matarme.

—Paga bien —rezongó Sue.

—¿Te dedicas a matar a la gente por dinero?

Sue hizo un encogimiento de hombros. Gilbert volvió a golpearle el estómago, al mismo tiempo que aflojaba los dedos que aferraban el pelo. Sue chilló y volvió a sentarse en el suelo.

—Quítate los zapatos —ordenó él, mientras se dirigía hacia las cortinas.

Allí encontró un bolso, del que extrajo un revólver con silenciador.

—¿Por qué no lo has empleado? —inquirió.

—Las cortinas me estorbaban. El cuchillo era más seguro.

—Una opinión errónea. —Gilbert le tiró el bolso a la cara—. Lárgate, Sue; si vuelves a buscarme, no te concederé una nueva oportunidad.

Sue asintió. Luego señaló sus pies.

—¿Tengo que irme descalza? —preguntó.

—Pero viva —contestó él significativamente.

Sue lanzó un suspiro de resignación. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, miró a Gilbert por encima del

hombro.

—No busques a Homar. Es mortalmente peligroso —dijo.

—Homar es un cobarde, cuando se escuda en una mujer —respondió Gilbert desdeñosamente—. Incluso te permito que le avises que iré a buscarle.

—Se lo diré, descuida.

—Entonces dile también que tu aviso será el anuncio de su sentencia de muerte.

CAPÍTULO III

Para sus desplazamientos. Gilbert solía usar un avión alquilado. Podía comprarse uno, pero el mantenimiento le hubiera resultado caro. Además, le obligaba a cierta sujeción, que no le convenía en modo alguno.

Llevaba consigo cierta clase de equipaje que no debía ser registrado por las aduanas ordinarias. Un avión particular eludía muchas dificultades.

Gilbert llegó al aeropuerto de Atenas en un taxi. Inmediatamente, dos mozos trasladaron el equipaje hasta el avión que ya aguardaba en la pista con los motores en marcha. Tratábase de un pequeño birreactor, cómodo, lujoso y, sobre todo, veloz.

El piloto le recibió al pie de la escalerilla.

—Listo para el despegue, señor Gilbert —informó.

—Hágalo en cuanto le dé permiso la torre de control.

—Bien, señor.

Gilbert entró en el avión y ocupó uno de los primeros asientos. Se sujetó con la correa de seguridad y esperó. El piloto se hallaba ya en la cabina.

Momentos más tarde, el avión saltaba al aire. Entonces, en la cabina insonorizada, Gilbert oyó una voz irónica detrás de él:

—¿A Bruselas?

Gilbert inspiró con fuerza.

—Tania, ¿sabe el piloto que hay un polizón a bordo? —preguntó.

Ella soltó una alegre carcajada.

—Se puso muy contento cuando le di mil dólares —contestó.

—Lástima que el lavabo no tenga puerta exterior y se haya abierto mientras estabas allí escondida.

—¿Tan mal me quieres, Bruce?

—No precisamente, pero hubiera podido dormir durante el

vuelo.

—¿Y yo te lo voy a impedir?

—Sí.

Tania se levantó y se situó frente al joven. Ahora vestía un traje rojo, de una sola pieza, como una segunda piel. Sonreía.

—¿No tengo atractivos suficientes para mantenerte desvelado durante el viaje? —preguntó.

—Demasiados. Por eso me hubiera gustado dormir.

—Ahorrando energías.

—Y evitándome dolores de cabeza.

—Tengo aspirinas en el bolso de mano.

—¿No serán tabletas de cianuro?

—Piensas muy mal de mí, Bruce. Sin razón, por supuesto.

—Ayer intentaron asesinarme por dos veces. He recibido una carta en la que me piden que no me mezcle en este asunto.

—Dos intentos de asesinato, ¿eh?

—Parece que por el G. S., merece la pena quitarme de en medio. ¿Sabes tú quién lo tiene?

—La señora Van der Carveen sospecha de una persona, pero no quiso decirme el nombre. Sólo quiere hablar contigo, Bruce.

—¿Qué eres tú para Maxence, Tania?

—Su... amiga de confianza. Pobre, pero decente.

—Y ella es muy rica y no tan decente.

Tania se encogió de hombros.

—La vida privada de cada persona es suya —contestó.

—Y la tuya, ¿pertenece a alguien?

Ella se inclinó, insinuante.

—Por ahora no tengo dueño —murmuró.

El avión, que ya había ganado altura, la perdió de golpe. Tania se desequilibró y cayó sentada sobre el hombre.

—¿Qué pasa? —chilló.

—Nada, un bache de aire.

Pero el avión seguía descendiendo, con el morro inclinado hacia abajo. De pronto, Tania exclamó:

—Eh, mira, un paracaidista acrobático.

Gilbert volvió la cabeza. A cien metros de distancia un hombre, suspendido de las cuerdas del paracaídas, les hacía gestos amistosos con la mano.

Inmediatamente, se puso en pie de un salto. Tania rodó por el suelo gritando de rabia.

—Calla, tonta —barbotó Gilbert—. No es un paracaidista acrobático; es nuestro piloto.

Ella se quedó con la boca abierta. Gilbert saltó hacia la puerta que comunicaba con la cabina de mando, pero no consiguió abrirla.

—Está cerrada por dentro —exclamó dramáticamente.

El avión continuaba descendiendo, sin gobierno, aunque su inclinación no era muy acentuada. Pero la distancia al suelo era de unos tres mil metros; en menos de cinco minutos, se produciría el choque fatal.

Casi gateando, Gilbert corrió hacia el departamento de equipajes.

—Aquí, Tania —llamó.

Ella, recobrada en parte, le siguió. Gilbert forcejeaba frenéticamente en las maletas.

De pronto, Tania le vio con una bomba en la mano.

—El avión estallará —dijo, al comprender las intenciones del hombre.

—No es seguro —contestó él, ceñudo—. En todo caso, sólo habremos anticipado nuestra muerte en unos minutos. Tiéndete en el suelo y tápate los oídos.

Tania obedeció en el acto. Gilbert arrancó el seguro de la bomba y la tiró hacia la parte delantera. Luego se hizo un ovillo sobre sí mismo.

La granada explotó fragorosamente. Los cristales de varias ventanillas saltaron en pedazos. En el suelo se abrió un boquete más que regular, aunque la perforación no alcanzaba a la cáscara externa del fuselaje.

El avión trepidó alarmantemente. Gilbert se movió con increíble velocidad. Los segundos contaban vitalmente.

La puerta estaba medio desencajada. Gilbert rogó para que la explosión no hubiese dañado los mandos del aparato. Sentóse en el asiento del piloto, encajó los pies en el timón de dirección y empuñó con ambas manos la palanca de profundidad.

Tiró hacia sí lentamente. El morro del avión empezó a levantarse. Gilbert lanzó un hondo suspiro de alivio.

La situación estaba dominada, aunque sólo momentáneamente.

Cuando el aparato quedó en posición horizontal, miró a derecha e izquierda.

El piloto traidor se había perdido de vista. Pero Gilbert sabía que no había podido llegar aún al suelo, ya que se había tirado desde unos cinco mil metros de altura.

Metió el pie derecho e hizo girar un poco el volante hacia la izquierda. El avión se inclinó, a la vez que iniciaba un amplio viraje.

Tambaleándose, Tania llegó hasta la cabina.

—¿Adónde vamos, Bruce? —preguntó.

El semblante de Gilbert aparecía hosco y ceñudo.

—Nunca perdono a los traidores —contestó.

Al terminar el viraje, divisó a lo lejos un paracaídas, a unos cuatro mil metros de distancia. Consultó un instante los instrumentos; las marcaciones eran satisfactorias.

El birreactor perdió altura para equipararse al paracaidista. Éste le vio venir y sintió pánico.

Llevaba una pistola y la desenfundó. Un instante después, la punta del ala izquierda segaba media docena de tirantes.

El paracaídas se desequilibró. Gilbert viró ceñidamente y tornó a la carga, mientras en la atmósfera se oían unas fútiles detonaciones.

—El dueño actual del G. S., debe saber que conmigo no se juega impunemente —dijo, cuando enfilaba el paracaídas por segunda vez.

Cinco o seis cuerdas más fueron segadas como con un cuchillo. Ahora, el paracaídas se plegó casi instantáneamente y su ocupante emprendió un vertiginoso descenso hacia la tierra, situada a casi mil metros de distancia.

—Buen viaje al infierno —deseó Gilbert crudamente.

Tania le miró con hostilidad.

—En lugar de infalible, deberían llamarte implacable —dijo.

—También lo soy —contestó él sin pestañear.

—A veces me pareces un hombre enfermo. Odias a los criminales de una forma insana —dijo Tania, mientras el taxi en que viajaban les conducía, desde el aeropuerto, al centro de Bruselas.

—Lo admito —contestó él sin pestañear.

—Y un día corres el riesgo de convertirte en uno más de los que

combates con tanta saña.

—No temas, no ocurrirá nada de lo que dices.

—Te habitarás a matar...

—El piloto trató de asesinarlos. Lo hizo todo para quitarnos de en medio. Cuando alguien obra de esta manera, debe tener presente que a él también le puede suceder lo mismo. Por otra parte, yo no soy un asesino profesional.

—Pero matas...

—Me defiendo, simplemente.

—Encuentras justificación para todo, ¿verdad?

—En ese caso, ¿por qué me has contratado?

—No he sido yo, sino la señora Van der Carveen.

—¿Quién le dio mi nombre?

Tania hizo un gesto de indiferencia.

—No lo sé. Soy su amiga. Me informó del robo y dijo que no quería que la policía lo supiera. Prefería que las cosas se hicieran con absoluta discreción.

—Maxence debe de ser muy rica, ¿no? Un diamante como el Giant Sun no tiene precio, aparte las otras piedras que también deben de valer lo suyo.

—Sí, es muy rica.

—Y también bastante caprichosa.

—¿Por qué lo dices, Bruce?

—Yo no daría diez dólares siquiera por el mejor diamante del mundo. Las piedras preciosas me dejan frío.

—Te gustan otras cosas, supongo.

—Sí, más útiles y provechosas, desde luego.

—¿Por ejemplo?

—Una vivienda cómoda y confortable, aunque no tenga lujos excesivos, un buen vino, libros interesantes...

—Te olvidas de las mujeres hermosas —dijo Tania con malicia.

—No me olvido. Me gustaría olvidarme, pero no puedo. Me atraen con demasiada frecuencia —sonrió Gilbert.

—Bien, tus gustos son más bien modestos, burgueses diría yo. ¿En qué empleas el dinero que ganas?

—¿Quieres saberlo?

—Si no hay inconveniente...

—Algún día lo sabrás. De momento, ahorro.

—Oh, el héroe sensato y de previsora conducta —se burló ella—. Un día te casarás y tu mujer, cuando llegues a casa, te pondrá las zapatillas junto al fuego y te dará el periódico. Naturalmente, ya usarás lentes para leer, tendrás barriga... y los niños estarán a punto de volver del colegio.

—¿Te parece mala perspectiva? ¿No querrías una así para ti?

—Psé —dijo Tania, displicentemente.

—Entonces, ya sé qué te gusta.

—Dímelo, Bruce.

—Una calle neblinosa, un farol amarillento... y tú debajo, esperando a los clientes. No es mala perspectiva, bien mirado.

Tania se puso furiosa y levantó la mano para pegarle, pero el taxi se detuvo de pronto.

—Hotel Bedford —anunció el conductor.

—Yo me quedo aquí —dijo Gilbert—. Ve y dile a Maxence que iré a visitarla en cuanto pueda.

—Ella te espera...

—Que se siente —respondió él hoscamente—. ¿O es que no voy a tener plena libertad de acción?

Tania se mordió los labios. Gilbert entregó unos billetes al taxista. El portero del hotel acudía ya, servicial, a ayudar al recién llegado.

CAPÍTULO IV

La muestra de la taberna era un gato negro sujeto por una cadena al cuello. Era un lugar muy concurrido, apreció Gilbert, que observaba el local desde un punto discreto.

Habían transcurrido ya dos días desde su llegada a Bruselas. Tania le había llamado al hotel en repetidas ocasiones, pero Gilbert no había hecho el menor caso de sus llamadas.

En aquellos dos días, había obtenido una completa información de la distribución interior de la taberna. Conocía en Bruselas a un detective privado, quien le había proporcionado todos los datos necesarios. Era lo suficiente para empezar a actuar.

La media noche había pasado ya. Gilbert juzgó llegado el momento.

Apuró el cigarrillo y lo dejó caer al suelo brillante por la humedad. Luego, con paso medurado, se dirigió al callejón contiguo a la taberna.

Había una puertecita lateral y la abrió mediante una ganzúa. Divisó una escalera en la penumbra y subió en silencio, pisando con infinito cuidado. Momentos después, llegaba al lugar deseado.

Tuvo que abrir otra puerta. Encendió la luz.

El despacho estaba bien decorado, aunque sin pretensiones. Era amplio y había un cómodo diván, además de otros muebles, incluida una estantería con botellas y vasos. Gilbert se sirvió una copa y se sentó a esperar.

Transcurrió casi una hora. De pronto, oyó unos pasos pesados en el corredor.

La puerta se abrió. Un hombre de mediana estatura, cuadrado, macizo, con el rostro lleno de cicatrices y una de sus espesas cejas partida en dos por una vieja cuchillada que le afectaba incluso al párpado, dio dos pasos dentro de la estancia, antes de percatarse de que tenía un huésped.

Entonces, se detuvo. Gilbert sonrió.

—Adelante, Kild, no se pare —dijo.

El poderoso pecho de Homar se dilató con fuerza.

—Gilbert, supongo —gruñó.

—El mismo —contestó alegremente el visitante.

—Sue me informó de su visita. No le aguardaba tan pronto.

—¿Pronto? Yo diría más bien que he llegado con retraso, pero éste es un tema sin transcendencia. ¿Hablamos de otros más profundos, Kild?

Homar se volvió y cerró la puerta. Acto seguido, metió la mano dentro de la chaqueta y sacó una pistola.

—Voy a hacer lo que no consiguió esa estúpida de Sue —dijo.

—Si es una estúpida, ¿por qué se gastó el dinero en enviarla a Atenas?

—Dejemos esto a un lado. Me pagarán bien cuando diga que lo he eliminado.

—¿Quién, Kild?

—Aunque usted no lo crea, lo ignoro. Pero sé que siempre cumple sus promesas, siempre que yo haga lo que me ordena.

—¿Por teléfono?

—Sí.

—No me da demasiados datos, Kild.

—Bueno, puedo decirle que es un hombre muy correcto..., a juzgar por la voz, claro está. Y no vive en Bruselas.

—¿Nada más?

—Ya es bastante, Gilbert.

El índice de Homar empezó a curvarse sobre el gatillo de la pistola. Entonces, una silla salió disparada con terrible potencia por el pie derecho del visitante.

Una fracción de segundo después, Gilbert saltaba hacia adelante con la cabeza gacha. Alcanzó a Homar en la barbilla y lo tiró al suelo.

El dueño de la taberna juró malignamente. Gilbert lo dejó levantarse. Antes de que pudiera rehacerse, atrapó su brazo derecho y lo colocó tras la espalda.

—¿Quién le pagó por matarme? —preguntó.

Homar gruñó algo entre dientes. Gilbert acentuó la presión.

Se oyó un crujido. Homar lanzó un pequeño grito.

—Basta, rayos...

—Hable —pidió Gilbert, inflexible.

—Le..., le vi una vez en la taberna... Me dijo llamarse Richard Caydin, americano... Es... como usted..., pero usa bigote... Dijo que ya no le vería más, pero que, en alguna ocasión, recibiría una llamada suya... con un nombre y una dirección. Entonces, yo tendría que ocuparme de li... liquidar a esa persona...

—Y, claro, le enviaba el dinero por correo.

—Sí, nunca falló...

A Gilbert se le ocurrió en aquel momento una idea, pero prefirió callar.

—Muy bien, Homar, ya ha dicho bastante —sonrió.

En el mismo momento, Gilbert sintió detrás de su nuca el frío contacto del cañón de una pistola.

—Suelte a ese hombre —ordenó Sue Brewster.

Gilbert se echó a reír.

—Ya iba a hacerlo —contestó.

Y dejó libre el brazo de Homar.

El tabernero se volvió, furioso.

—Dispara, Sue —aulló.

Gilbert se agachó velocísimamente. La pistola vomitó un casi silencioso foganazo. Homar se llevó las manos a la cara, a la vez que emitía un rugido inhumano.

Sue se quedó atónita un segundo. Había disparado sin pensar en que Homar se encontraba en su línea de tiro. Cuando lo vio desplomarse, alcanzado de lleno, se desconcertó.

Pero trató de reaccionar. Gilbert, girando sobre sí mismo, se había tendido de espaldas en el suelo. Sue le apuntó con el arma.

Actuó demasiado tarde. Gilbert ya hacía fuego con su pistola, igualmente provista de silenciador.

Sue abrió la boca al sentir en el estómago la punzada de un dardo de hierro al rojo vivo. Extendió los brazos, se tambaleó y rodó, convulsionándose epilépticamente.

Gilbert se puso en pie.

Homar ya no se movía. El disparo de Sue le había fulminado.

Ella emitía sonidos incoherentes. Su pecho estaba cubierto de sangre. Con ojos agónicos, miró al hombre que la había matado.

—Tú..., cochino...

Pero un vómito de sangre ahogó sus últimas palabras. Gilbert volvió la cabeza a un lado. No resultaba agradable ver morir a una mujer joven y hermosa.

Ni aunque fuese una asesina.

Al cabo de unos momentos, con las manos prudentemente calzadas con guantes, se puso a registrar la mesa de despacho.

Diez minutos más tarde, tenía en la mano un sobre de papel recio y fuerte. Había contenido dinero, era evidente.

Pero a Gilbert no le interesaba el dinero, sino el matasellos impreso en el sobre en que Homar había recibido parte de la comisión que iba a ganarse por su muerte.

Podía ser una buena pista para encontrar el paradero de Richard Caydin. Era un nombre falso, no le cabía la menor duda, pero, a fin de cuentas, no era un detalle importante.

Más importante era su identidad y el lugar donde residía. Y estaba seguro de averiguar ambos datos.

Abandonó Le Chat Enchainé con la misma discreción que a su llegada y volvió al hotel. En su habitación encontró un sobre.

Había dentro una carta que decía:

«Sigues empeñado en conseguir el G. S., ¿eh, Hombre Infalible? ¿Es que no te das cuenta de lo efímero de la vida para quien ama el riesgo?

»Retírate a la vida tranquila antes de que sea demasiado tarde. Es un buen consejo de,

»*Syphax*».

Esta vez, la carta llevaba firma, pero el nombre de Syphax resultaba absolutamente desconocido para Gilbert.

«¿De verdad lo desconozco? —se preguntó—. ¿No lo he oído en alguna parte antes de ahora?».

Un impecable mayordomo abrió la puerta y recibió la tarjeta que le entregaba el visitante. Después de leer el nombre con rapidez, se inclinó ligeramente y dijo:

—Tenga la bondad, señor; avisaré a *madame* de su llegada.

—*Madame* me esperaba, ¿eh? —sonrió Gilbert.

—Si el señor me permite la franqueza, le diré que la señora confiaba en recibirle bastante antes —dijo el estirado mayordomo.

Gilbert le miró de hito en hito un instante, pero ya el mayordomo abrió una puerta situada a la derecha del vestíbulo.

—Tenga la bondad, señor.

—Gracias.

Gilbert penetró en la sala decorada con muebles que le parecieron auténticamente de época. Luis XVI, calculó. Los colores dominantes eran azul pastel y oro. Dos cuadros de Watteau eran parte preponderante de la ornamentación. En un rincón, sobre un pedestal de madera lacada, divisó un enorme jarrón de Sévres.

—Se respira riqueza. Y buen gusto —murmuró.

El clavecín situado en el otro rincón era una auténtica pieza de museo. Tal vez Mozart habría empleado un instrumento idéntico a aquél, pensó.

La puerta se abrió momentos más tarde.

—Señor Gilbert...

El visitante se volvió. Retuvo el aliento en sus pulmones. Maxence van der Carveen tenía mucho que admirar.

—Señora —dijo cortésmente.

Ella, sonriendo levemente, avanzó unos pasos. Gilbert besó la mano que se le tendía y aspiró un delicado perfume que no supo identificar.

—Lo elaboran sólo para usted, señora —murmuró.

—¿A qué se refiere? —preguntó Maxence.

—Al perfume, por supuesto. Jamás había oído nada semejante, créame.

Maxence sonrió, halagada.

—Es usted perspicaz —dijo—. Por eso creo que acerté al contratarle. Me costará caro, indudablemente; pero el resultado merecerá la pena.

—Así lo creo yo también, señora. Y ahora permítame que le presente mis excusas por haberme retrasado...

—Está aquí, y eso es lo importante —cortó Maxence—. Siéntese, le serviré algo de beber. *Whisky*, supongo.

Gilbert hizo un gesto de aquiescencia, mientras contemplaba la hermosa silueta de la dueña de la casa. Ciertamente, Maxence había cumplido ya los treinta años, pero su figura conservaba la línea de una jovencita de veinte.

—Supongo que Tania, mi amiga de confianza, le puso en

antecedentes de lo ocurrido —dijo, a la vez que le entregaba la copa.

—Sí, aunque mencionó el hecho de que usted sospecha de cierta persona, si bien ella ignora su nombre. Tania me dijo que usted me informaría en persona.

—Es verdad. Sospecho de Jack Voorstis. En realidad, se llama Jacques, pero a él le gusta ese diminutivo inglés. Es belga, como yo, de origen flamenco, aunque de padre valón. Pero son detalles que no interesan, me parece.

—Tal vez. ¿Dónde vive Voorstis?

—La última vez, en Lovaina; mejor dicho, en una posesión que tiene al norte de la ciudad. Es una residencia campestre, en la que pasa la mayor parte del tiempo.

—¿En qué se basan sus sospechas, señora?

—Voorstis siempre quiso comprar el Giant Sun. Yo me negué a sus propuestas, pese a que hubo una ocasión en que llegó a ofrecermé nada menos que quince millones de dólares por todo el lote. En nuestra última entrevista, Voorstis llegó a decir que tendría las piedras, pero, sobre todo, el G. S., empleando todos los medios a su alcance.

Gilbert movió la cabeza ligeramente.

—Puede ser una pista —murmuró, pensando en que la carta encontrada en el despacho de Homar tenía el matasellos de Lovaina —. Iré a visitarle, señora.

—Por favor, le ruego el máximo de discreción, señor Gilbert. —Maxence le envolvió en una mirada singular—. Recobre esas piedras y le expresaré mi agradecimiento de un modo que no olvidará jamás. Aparte de los honorarios convenidos, claro.

—Trataré de conseguirlo...

Maxence se acercó unos pasos, hasta que su pecho rozó casi el del visitante. Las pupilas de la mujer, de color violeta, despedían una luz singular.

—Le llaman el Infalible. Otros dicen de usted que es implacable, inflexible... ¿Cuándo cede usted, señor Gilbert?

Hubo un momento de silencio. Gilbert contemplaba fijamente a la hermosa mujer que tenía frente a sí. No sólo la expresión, sino todo era seductor en Maxence.

Y ella lo sabía.

Abrió la boca. Fue a decir algo, pero no tuvo tiempo.

—Perdón —dijo una mujer—. No sabía que interrumpiera... Le ruego me dispense, señora.

Maxence frunció el ceño.

—¿Deseaba algo, Kay? —preguntó con frialdad.

—No, señora, volveré en otro momento... Perdón, señora. —La chica, joven y muy atractiva, se retiró en el acto.

—A Kay Leavitt le falta experiencia —dijo Maxence un tanto despectivamente—. Pero es capaz y tiene una gran competencia.

—¿Trabaja para usted?

—Sí, es mi secretaria personal. Lleva toda mi correspondencia, en fin... ya se sabe lo que es una secretaria...

—Yo creí que tenía a Tania Shadowa —dijo Gilbert.

—Tania es mi amiga, cosa muy diferente. Tania me hace favores a mí y yo a ella, pero de manera desinteresada. Claro está que pagué sus gastos del viaje a Atenas, pero era lo menos que podía hacer.

—Pudo haber ido usted, señora.

—Necesitaba permanecer en Bruselas, por si Voorstis se ponía en contacto conmigo. De ser él quien robó las piedras, no iba a hablar con nadie que no fuese su dueña.

—Muy lógico. Señora, ¿puedo preguntarle cómo llegaron esos diamantes a su poder?

Maxence sonrió ambiguamente.

—En otro momento, querido Bruce —contestó—. Es decir, si me permite tratarle tan llanamente.

—Ya lo está haciendo. —De pronto, Gilbert bajó la voz—. Señora, ¿es de confianza su mayordomo?

Maxence respingó.

—Bruce, por favor... ¿Cómo se le ocurre...?

—¿Le había dicho usted alguna vez que esperaba mi visita?

—No, claro; no tengo por costumbre... y menos en estas circunstancias. Reinhold no tiene por qué saber que usted trabaja ahora para mí.

—Es justamente lo que quería saber, señora —contestó Gilbert.

Avanzó de puntillas hacia la puerta y la abrió de golpe.

Reinhold, el mayordomo, se irguió.

—Perdón, señora, ¿desea algo de mí? —preguntó con afectada

cortesía, dirigiéndose a la dueña de la casa.

CAPÍTULO V

Maxence lanzó una exclamación de cólera.

—Reinhald, ¿cómo se atreve a escuchar detrás de las puertas?

—Ahora mismo lo sabremos —dijo Gilbert.

Disparó su mano derecha, agarró a Reinhald por una de las solapas de su traje y tiró hacia sí con todas sus fuerzas.

Reinhald penetró disparado en el saloncito. Gilbert se ladeó, pero dejó extendido el pie derecho, de modo que el mayordomo cayó hacia adelante con gran estruendo.

Sin embargo, Reinhald parecía hombre fuerte. Revolviéndose en el acto, sacó una pistola, aunque no actuó con tanta rapidez como el pie derecho de Gilbert. Se oyó un chasquido y, acto seguido, Reinhald lanzó un agudo grito de dolor.

El pie le había alcanzado en el antebrazo, rompiéndole los dos huesos. La cara de Reinhald se deformó en el acto, mientras Maxence contemplaba estupefacta la escena.

—Nunca... pude llegar a imaginarme...

Gilbert se inclinó, recogió la pistola del mayordomo y se la puso en un bolsillo.

—Está bien, Reinie —dijo, llamándole en diminutivo con acento chancero—. Agárrate el brazo con la otra mano y prepárate a contestar a todas las preguntas que yo te haga. O, de lo contrario, empezaré a romperte huesos, hasta que tengan que emplear el yeso de los escolares para escayolarte.

Reinhald inspiró con fuerza, mientras se mordía los labios. Maxence dijo:

—No entiendo cómo sospechó usted de Reinhald, Bruce.

—Este asunto debe ser tratado con el máximo de discreción —contestó Gilbert—. Por tanto, ¿cómo podía saber ese hombre que yo me había retrasado en visitarla a usted?

Ella asintió. Gilbert se acercó a Reinhald, que continuaba

sentado.

—Vamos, levántate —dijo.

—Sí, levántate, pero ven conmigo —sonó de pronto la voz de la secretaria.

Gilbert se volvió. Había guardado su pistola. Ya no podía sacarla antes de que la hermosa secretaria hiciese fuego con la pistola que empuñaba con mano firme.

Reinhald se incorporó torpemente.

—Me las pagará, Gilbert —graznó, rabioso.

—La próxima vez, no le romperé el brazo, sino el cuello —declaró Gilbert con frialdad.

—Vamos, vamos —le apremió Kay.

Reinhald, sosteniéndose el brazo roto con la mano, se acercó a la puerta. Gilbert divisó entonces una caja negra junto a una de las jambas.

—Señora, tenía usted la casa infestada de traidores —dijo por encima del hombro.

—Jamás sospeché de esos dos...

—Éste es un asunto de muchos millones. ¿Qué de particular tiene que ellos hayan cedido a una buena recompensa? ¿Me equivoco, Kay?

Los ojos de la secretaria centellearon.

—Me gustaría pegarle dos tiros ahora mismo, pero morirá de otro modo quizá más rápido —dijo.

—Caramba, no veo qué motivos tiene usted...

—Mi hermano viajaba a bordo de una lancha, cerca de Atenas —dijo Kay.

—Ah, era uno de aquellos cuatro desgraciados. Créame, no lo siento —sonrió Gilbert.

De pronto, Kay alargó el pie derecho y pisó la parte superior de la caja.

—Acabo de poner en marcha el mecanismo de relojería de esta bomba —dijo—. Estallará dentro de sesenta segundos exactos, pero si intentan traspasar la puerta, el cuerpo del primero que lo intente hará funcionar una célula fotoeléctrica que activará la explosión. Y la ventana, por si no lo sabían, está cerrada. Vamos, Reinhald.

El mayordomo y la secretaria echaron a correr. Maxence lanzó un grito de pánico.

—¡Vamos a volar en pedazos! —gritó.

Gilbert contempló pensativamente el artefacto, que parecía de gran potencia. De repente, se le ocurrió una idea.

Giró en redondo y corrió hacia la ventana, cuyos cristales rompió a silletazos. Un instante después, oyó afuera el rugido del motor de un automóvil.

Regresó junto a la bomba y la agarró con ambas manos.

—¡Al suelo! —gritó.

Maxence obedeció instintivamente. El artefacto voló a través de la abertura.

El salón estaba situado en una de las alas de la casa. Para salir en automóvil, a través del jardín que la rodeaba; era preciso virar en ángulo recto y pasar precisamente por delante de aquella ventana. Kay Leavitt había calculado mal, se dijo Gilbert, a la vez que se lanzaba al suelo, justo al pie del antepecho.

El coche pasó a veinte metros. La caja caía en aquel momento en el centro del camino. Reinhald iba al volante. Kay estaba a su lado.

Kay chilló, pero su voz fue apagada por el estampido. Brotó una enorme llamarada del suelo y dos cuerpos humanos fueron despedidos a gran altura, junto con los restos del coche.

Todos los cristales de aquel lado de la casa saltaron en mil pedazos. La onda explosiva fue de tal potencia que Gilbert temió por un momento que los muros llegasen a derrumbarse.

Pero resistieron. Cuando estuvo seguro de no sufrir daños, se arrodilló y miró por encima del antepecho.

El espectáculo no tenía nada de agradable. Reinhald le miraba desde cinco o seis pasos de distancia. Pero su cuerpo estaba a diez metros de distancia de la cabeza.

La parte posterior del coche, menos afectada por la explosión, ardía en pompa. No lejos de allí Gilbert divisó unos restos informes, parcialmente abrasados.

Era todo lo que quedaba de la secretaria.

Gilbert abrió la portezuela del coche y se sentó tras el volante. Entonces fue cuando vio a Tania.

La joven estaba ataviada con un coquetón vestidito azul fuerte, con vivos blancos. El peinado era impecable, lo mismo que sus guantes, bolso y zapatos, todos de color blanco.

—Estás hecha un cromo —sonrió él.

—¿Te gusto? —preguntó Tania con coquetería.

—Si empiezas a variar de modo de pensar hacia mí...

—Eso no tiene nada que ver ahora —dijo ella—. Pregunté si yo te gustaba.

—Sí, claro. Eres la viva estampa de la frescura juvenil, lozana y radiante. ¿Quieres que te diga más cosas?

—Es suficiente —rió Tania, complacida—. Sabes encontrar la frase adecuada para cada mujer. Por ejemplo, ¿qué hubieras dicho si fuese Maxence la que estuviera aquí en mi lugar? Ella es también muy hermosa.

—Le habría dicho que es como el trigo maduro, apetitoso y deseable. Al verlo, uno quiere en seguida aspirar ese aroma natural tan atractivo...

—Basta, no sigas. Eres un hombre terriblemente dañino.

—¿Dañino?

—En todos los sentidos, y lo digo con fundamento. ¡Buena la armaste con aquella bomba!

—Yo no armé nada, Tania; fueron Reinie y Kay. Maxence debería tener más cuidado al contratar su servidumbre.

—Tenían todas las referencias...

—Claro, ¿qué esperabas? El ladrón de las joyas sabe lo que se juega y no quiere permitirse fallos.

—Eso es verdad —admitió Tania—. Yo también confiaba en Kay; tan amable y eficiente...

—Y tan asesina. Bueno, ese asunto, por fortuna, está solucionado. Maxence supo arreglarlo bien ante la policía de Bruselas.

—Es verdad. Bruce, dime, ¿adónde vamos?

Hacía ya rato que el coche se había puesto en movimiento.

—Maxence me dio el nombre del sospechoso.

—Ah, muy interesante. ¿Se llama...?

—Jack Voorstis. Es aficionado a las antigüedades. Muy rico.

—¿Crees que él tiene los diamantes?

—Por lo menos, vale la pena investigar si las sospechas de Maxence son ciertas.

—Vamos, Bruce —dijo ella.

—¿Me acompañas?

Tania rió cristalinamente.

—Ya estoy a bordo —contestó.

—La cosa se puede poner fea —advirtió Gilbert.

—Estando al lado del Infalible, no me puede suceder nada.

El semáforo rojo se encendió cuando el coche llegaba al cruce de la Chaussée de Lovain con el bulevar Reyers. Gilbert aprovechó la ocasión para sacar cigarrillos.

Tania expulsó la primera bocanada de humo. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

De pronto, exclamó:

—Bruce, ¿cómo se te ocurrió abrazar esta profesión?

El semáforo se puso en verde. Gilbert arrancó de nuevo en busca de la autopista número dos, que le llevaría a su destino.

—Te he hecho una pregunta, Bruce —dijo ella, pasados algunos minutos, en vista del silencio de Gilbert.

—Yo no quería ser lo que soy. Y tú piensas de mí que soy un mercenario, un hombre que trabaja, y mata si es preciso, por dinero.

—¿No es cierto? ¿Te atreverás a desmentirlo?

—Me encargo de resolver casos difíciles, que se les plantean a personas de alta posición y que no pueden o no quieren encomendar a la policía. Son casos en los que se involucran siempre grandes cantidades de dinero. Y donde hay dinero, hay siempre falta de escrúpulos, incluso yo mismo, lo reconozco. No soy un santo, es cierto, pero, dentro de lo que cabe, estoy al lado de las personas decentes. Jamás acepto un caso que me inspire suspicacias o cuya resolución haya de perjudicar a inocentes. Maxence me ha encargado recuperar los diamantes y he aceptado, pero no aceptaría jamás ponerme al servicio del ladrón del Giant Sun.

—Creo que comprendo —murmuró Tania—. Pero ¿cómo empezó...?

—Mi vida tenía que haber seguido un rumbo distinto, apacible, felizmente monótono, con esposa, chicos... Ya había terminado la carrera y estaba a punto de instalar mi bufete como abogado. Iba a hacerlo en compañía del mejor amigo que jamás he tenido, realmente, un hermano, porque nos habíamos criado y vivido juntos desde la niñez. Pero me engañó, me robó los ahorros y se fugó con mi prometida.

—Y eso te hizo lanzarte a esta vida...

—Eso me hizo ver que hay momentos en que ni de un hermano puede fiarse uno.

—¿Apreciabas a ese hombre, Bruce?

—Hubiera puesto mi vida en sus manos, Tania.

—Lo siento —dijo ella—. No quise traer malos recuerdos a tu mente.

Gilbert reaccionó, sonriendo.

—De vez en cuando, conviene desahogarse —contestó.

—Sí, es cierto. Dime, ¿cómo dejaste las leyes para trabajar... de este modo?

—Bueno, un conocido me pidió un favor. Le habían robado unos documentos importantes y se los rescaté. Ese hombre me recomendó a otro y éste a otro..., y así siguió rodando la bola.

—Y así te ganaste el sobrenombre de Infalible.

—Tuve suerte y, además, no siempre acepté todos los casos que se me propusieron. Tengo cierto instinto para detectar la suciedad moral y, en esas circunstancias, rechazo siempre el asunto, por mucho dinero que me ofrezcan. Pero cuando acepto el caso, sigo hasta el final; jamás abandono.

—Lo que significa que nunca fallas.

—No. Claro que también se debe a que empleo métodos poco ortodoxos, pero ¿qué otra cosa ha hecho, por ejemplo, el ladrón del G. S.? Por cierto, en este momento se me está ocurriendo una cosa, Tania.

—¿Sí, Bruce?

—El G. S., es un diamante colosal, y hay algunos, me lo ha dicho Maxence, que pesan centenares de quilates.

Eso posee un valor prácticamente infinito... y debe costar también mucho su custodia.

—Cierto, aunque no es mi problema —sonrió la muchacha.

—No, yo no me refería a eso precisamente, sino que lo mencioné de pasada, como una de las circunstancias del asunto. Lo que quería decir es: ¿para qué quiere el ladrón tantos diamantes?

—¡Hombre, para venderlos, claro! —exclamó Tania—. ¡Qué cosas se te ocurren, Bruce!

Pero Gilbert no estaba demasiado convencido.

—Aquí hay algo más que la simple venta de unos diamantes, después de fragmentados en otros más pequeños y

convenientemente tallados —dijo—. No sé de qué se trata, pero lo averiguaré, créeme.

CAPÍTULO VI

El coche se detuvo a cierta distancia, entre los árboles. A unos quinientos metros, sobresalían los grises tejados de una casa, situada en el centro de un jardín abundante en plantas y árboles.

—Bueno, ahí vive el principal sospechoso —dijo Gilbert, a la vez que encendía un cigarrillo.

—¿Qué piensas hacer? ¿Asaltar la casa?

—No. Hablaré primero con él. Quiero sondearle, ver qué clase de persona es. Maxence me ha dado algunos detalles, pero no hay nada como el conocimiento personal... de una persona.

—Muy justo —aprobó Tania—. ¿Seguimos?

Gilbert hizo arrancar el coche de nuevo y se metió por el sendero que conducía a la casa. Un poco más adelante, algo les cortó el paso.

Era una puerta de sólido metal, con una mirilla en uno de sus lados. En la parte superior, sobresalían las aguzadas puntas de una treintena de hierros, puestos allí para desanimar a los posibles ladrones.

La tapia se extendía a ambos lados de la puerta, alta de tres metros e igualmente coronada de puntas metálicas. Tania soltó una risita.

—Me gustan los hombres que confían en sus semejantes —dijo, sarcástica.

Gilbert se apeó. La mirilla se descorrió en el acto.

—¿Qué desea? —preguntó una voz de tonos poco amables.

Gilbert dio su nombre. Luego añadió:

—Deseo hablar con el señor Voorstis.

—Aguarde un momento —contestó el cancerbero.

La mirilla se corrió de nuevo. Gilbert oyó rumor de voces al otro lado del portón.

Esperó pacientemente. De pronto, la mirilla se movió de nuevo.

—El señor Voorstis no desea verle —dijo el guardián.

—Pero...

Algo asomó por el hueco. Era el cañón de una pistola ametralladora.

—Lárguese, importuno.

Gilbert hizo un gesto con la mano.

—¿Quién rechaza esa invitación? —sonrió burlonamente.

Volvió al coche. Tania había visto también la ametralladora y estaba muy pálida.

—No quiere recibirnos —dijo.

—Es una consecuencia de tener mucho dinero. Acaba royendo el alma de las personas, a poco que uno se descuide. Llegas un momento en que uno no vive más que para conservar lo que tiene, no se duerma, se desconfía de todo y de todos... ¡Un asco, Tania, un verdadero asco!

Ella le miró sorprendida por aquella súbita explosión.

—Filósofo estás, Bruce —comentó.

—Es la pura verdad —masculló Gilbert, rabioso, mientras maniobraba para virar en redondo.

Medio kilómetro más adelante, metió el coche entre los árboles.

—Bruce, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó Tania.

—Esperar a la noche. Entonces, le guste o no, Voorstis tendrá que recibirme —respondió él, ceñudo.

Pasadas las once de la noche, Gilbert creyó llegado el momento de poner su plan en práctica.

De pronto, cuando ya iba a dar vuelta a la llave de contacto, oyó el rumor de un automóvil.

El coche pasó delante de ellos, con las luces encendidas. Gilbert divisó a una pareja, hombre y mujer, en el asiento delantero, pero no pudo distinguir sus facciones.

Otro coche siguió al primero. Estaba ocupado por cinco personas, una de las cuales era una mujer.

—¿Adónde irán? —musitó Tania.

—Voorstis se larga —dijo Gilbert.

—Entonces ¿hemos perdido el tiempo?

Gilbert reflexionó unos instantes.

—Aunque la casa esté abandonada, echar un vistazo puede darnos alguna pista —contestó al cabo.

Y puso en marcha el motor del automóvil, pero, en lugar de salir al camino, rodó a través de los campos. Minutos más tarde, detenía el vehículo tras situarlo con la zaga a pocos metros de la tapia.

Inmediatamente, saltó al suelo en silencio. Tania le siguió en el acto.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo él—. No te preocupes de mí y aguardame en el lugar que hemos acordado.

—Pero, Bruce...

—Obedece, curiosa.

—Está bien, tú me mandas, mi señor —respondió ella, resignada.

Gilbert abrió el portaequipajes y sacó del mismo una larga sogá, terminada en un lazo por uno de sus extremos. Arrojó el lazo y lo sujetó a un par de hierros.

Hizo una prueba. La sogá resistió. Entonces, la ató a la zaga del vehículo.

Luego tomó otra cuerda parecida, ésta con unos pequeños travesaños intercalados, a modo de escalones. Acto seguido, consultó su reloj.

—Sincronicemos la hora, Tania —dijo.

Ella miró también su reloj.

—Diez minutos a partir de ahora —murmuró.

—Ni un segundo más, ni un segundo menos —recomendó Gilbert—. Y, recuerda, lárgate en el acto. ¿Estamos?

Ella asintió. Gilbert echó a correr y se perdió en la oscuridad, dejando sola a la muchacha.

Momentos más tarde, Gilbert se hallaba en el lado opuesto, frente a la trasera del edificio. Lanzó la cuerda y la sujetó a uno de los hierros. Probó su resistencia y, satisfecho, empezó a trepar.

Al llegar arriba, sacó unos objetos de su bolsillo, semejantes a lápices de un grosor algo mayor que lo común. Todos los tubos, cuatro, estaban unidos entre sí por un fino cable, a una caja del tamaño de un paquete de cigarrillos.

Cada tubo quedó adherido a un hierro, cuatro en total. Al terminar la operación, miró el reloj.

—Todavía dos minutos —murmuró.

Cuando faltaban treinta segundos, presionó un botón que había en la caja. Acto seguido, se descolgó al suelo y agitó la cuerda para

soltarla del hierro al que estaba sujeta.

Instantes después, se oyó un tremendo estrépito al otro lado del jardín. Gilbert sonrió; al arrancar, Tania había hecho que se derrumbase buena parte de la tapia.

Los guardianes, alarmados, acudirían por aquel lado, dejándole libre el campo. Cuando quisiera reaccionar, ya estaría en la casa.

Al mismo tiempo, se encendieron lo que parecían cuatro siseantes bengalas, de poca potencia luminosa, pero de gran fuerza térmica, en cambio. En medio minuto, cuatro hierros pasaron a convertirse en sendas masas informes e inofensivas.

El paso estaba libre. Gilbert aguardó todavía un par de minutos. Los lápices fundentes no habían causado apenas ruido.

Momentos después, se hallaba al otro lado de la tapia. Le extrañó ver la casa completamente a oscuras.

Avanzó poco a poco, con una diminuta linterna en una mano y la pistola en la otra. La puerta posterior estaba entreabierta.

Atisbo el interior. Había un cuarto de desahogo. La cocina estaba el otro lado de la siguiente puerta. No había nadie a la vista.

Siguió andando y llegó a un vestíbulo decorado con severa elegancia. La puerta de lo que parecía un salón biblioteca apareció ante sus ojos. Estaba también abierta parcialmente.

Gilbert se acercó allí paso a paso. El silencio era extrañamente intenso.

Con gran cautela, se arriesgó a buscar el interruptor. Al hacerse la luz en la estancia, divisó a Voorstis.

El dueño de la casa estaba sentado tras una mesa de trabajo, con una cuartilla en las manos. Era un sujeto de unos cincuenta años, calvo, con mechas de pelo gris en los lados de la cabeza y ataviado con un traje algo anticuado, en el que destacaba un alto cuello almidonado.

—Voorstis —llamó Gilbert.

El hombre no contestó. Gilbert empezó a presentir lo peor.

Aquella mueca, aquellos ojos desorbitados, la palidez del rostro...

Lentamente, se acercó a la mesa y dio la vuelta.

—Voorstis —repitió, a la vez que le tocaba en el hombro.

Entonces, la cabeza de Voorstis se desprendió del cuello, rodó por el suelo y, tras una serie de rebotes, de lúgubres sonidos, se

quedó quieta, con la mejilla izquierda pegada a la alfombra.

Gilbert dio un salto atrás, instintivamente. Durante un segundo, contempló el cuello seccionado limpiamente. Luego se esforzó por dominar una arcada.

Pero se recobró; tenía que actuar sin impresionarse. El muerto seguía aún sosteniendo el papel entre sus yertas manos.

Gilbert tiró suavemente del papel y leyó:

«¿Por qué te empeñas en perseguirme? Olvídate del G. S.; no conseguirás nada, salvo, si insistes demasiado, acabar como Voorstis.

»Rescinde tu contrato con Maxence van der Carveen y olvídame para siempre; seré lo mejor, créeme.

Syphax.

La mano de Gilbert estrujó el papel.

—Pero ¿dónde diablos he oído yo este nombre antes de ahora? —se repitió, una vez más decepcionado al par que lleno de perplejidad.

Tania saltó ansiosamente del coche.

—¿Has conseguido algo? —preguntó.

—Voorstis ha muerto. La casa está completamente desierta.

La boca de Tania se convirtió de repente en una O mayúscula.

—Muerto —repitió.

—Decapitado. El ladrón de los diamantes llegó antes que yo.

Tania respiró profundamente.

—Es un hombre despiadado —calificó.

—Sí. Y lo peor de todo es que ahora firma sus mensajes con un nombre que me resulta conocido, atraque no soy capaz de recordar dónde lo he oído antes de ahora.

—¿Un nombre conocido?

Gilbert asintió. Entró en el coche y se sentó. Tania le imitó.

—¿Volvemos a Bruselas? —preguntó.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

El coche arrancó. Durante un rato, permanecieron en silencio. Luego, Tania hizo una pregunta:

—Bruce, ¿crees que Voorstis tuvo algo que ver con el robo de los diamantes?

—Es muy probable. Pero pienso que, de haber conocido el fin que le aguardaba, no se habría mezclado en el asunto.

—¿Cómo?

—Voorstis traficaba en joyas y antigüedades. Probablemente, Syphax le encomendó el robo de las piedras. Es de suponer que también Voorstis ejecutaría algún que otro negocio sucio y, por tanto, conocería a tipos capaces de llevar a cabo ese encargo.

—Parece lógico, en efecto —convino ella—. ¿Qué más, Bruce?

—Bien, Voorstis se hizo con los diamantes y se dispuso a cobrar una buena comisión. Incluso, quizá, pensaba ser socio de Syphax. Pero no calculó que éste es un sujeto que sólo admite subordinados y no socios.

—Y lo mató...

—Me gastó la pesada broma de dejarme entrar en la casa y llegar hasta su despacho. Casi seguro, Voorstis se entendía con Homar; recuerde el matasellos del sobre que encontré en el despacho de éste.

—Lo que significa que Syphax ejecuta muchas cosas por agentes interpuestos.

—Exactamente —convino Gilbert—. Pero nada me gustaría más que capturar a uno de ellos para conversar un ratito con él.

—Le torturaría —se estremeció Tania.

—Nada de eso —sonrió él—. Simplemente, le liaría ver la suerte que han corrido todos los que actúan para Syphax, una vez han cumplido la misión que les fue encomendada: hasta ahora, ni uno solo está ya con vida.

De repente, surgieron unas luces intermitentes ante ellos. Gilbert frenó prudentemente.

Un reflector iluminaba los ennegrecidos restos de un coche, en el que trabajaban policías, bomberos y sanitarios. Gilbert comprendió que se trataba de un accidente.

Un motorista de tráfico se acercó para rogarles unos minutos de paciencia, mientras despejaban la carretera. Gilbert le preguntó qué había sucedido.

—El automóvil se incendió y sus cinco ocupantes han perecido abrasados, señor —informó cortésmente el motorista.

CAPÍTULO VII

Relajándose en el baño de agua templada, con una taza de café al alcance de la mano y el cigarrillo en un cenicero próximo, Gilbert leía *La Libre Belgique* al día siguiente. Naturalmente, la sección de sucesos.

El diario no mencionaba todavía la muerte de Voorstis. Seguramente, se sabía ya, pero la noticia no había tenido tiempo de llegar a las linotipias. En cambio, sí hablaba de los cinco muertos carbonizados en el ramal de acceso a la autopista número dos. Los muertos habían sido mayordomo, cocinera y vigilantes de la residencia de Jack Voorstis.

Gilbert sintió como una especie de golpe en el corazón. El accidente tenía ahora una explicación completamente lógica, sobre todo, si se pensaba que no había sido tal accidente.

De pronto, llamaron a la puerta.

Gilbert no se molestó en contestar, no tenía ganas de recibir visitas. Además, se estaba tan bien dentro del agua...

Un buen rato más tarde, salió de la bañera y se vistió. Se le había ocurrido una idea que tal vez pudiera dar buenos frutos, pero era todavía pronto para llevarla a la práctica.

De nuevo llamaron a la puerta. Gilbert alistó su pistola y se la colocó a la espalda. Abrió con la mano izquierda y vio ante sí a un atildado caballero de unos cincuenta años, tocado con sombrero hongo y con un portafolios en la mano izquierda.

—El señor Gilbert, supongo —dijo.

—Sí, yo soy.

—Me llamo Hart, Dan Hart. He venido antes, pero al no recibir contestación a mis llamadas, he supuesto que estaría durmiendo. Por eso volví a esperar en el vestíbulo, ya que me dijeron que usted estaba en el hotel.

—Muy bien, señor Hart, pero ¿a qué viene...?

El visitante sonrió.

—Si me permitiera pasar...

—No faltaría más, pero debo decirle una cosa, señor Hart.

—¿Sí, señor Gilbert?

—Estoy prevenido. Le ruego no deje de tenerlo en cuenta en todo momento —dijo Gilbert mientras cerraba la puerta.

Hart parecía desconcertado.

—Tengo la sensación de que aprecia en mi intenciones hostiles —dijo.

—No tanto, por favor. Pero si las tuviera realmente, debería pensárselo mucho antes de iniciar una acción contra mí, eso es todo. Siéntese, por favor.

Hart pasó al diván. Gilbert se sentó frente a él, con la pistola al alcance de la mano.

—No entiendo a qué vienen tantas precauciones —murmuró el visitante—. Mis intenciones no pueden ser más pacíficas...

—Mejor para ambos —sonrió Gilbert—. Y ahora, empiece, señor Hart.

—Está bien, creo que es hora ya de ir al asunto: Se trata de que busque usted al profesor Wakeman, distinguido físico que trabajaba para la

Elphiston & Sangher

Corporation, a la cual represento en estos momentos con plenos poderes. La ESC se dedica, además de otras cosas, a la fabricación de elementos de precisión para aparatos de laboratorio de alta calificación. El profesor Wakeman era director de nuestra sección científica y de investigación y ha desaparecido desde hace casi un año. No sólo importan los secretos científicos que pudo llevar consigo, sino su persona. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Sí, pero...

—Mi empresa está dispuesta a pagar una suma elevadísima por el rescate de Wakeman, si está secuestrado, o por el conocimiento de su paradero, suponiendo que se escondiera por sí solo, aunque no precisamente para retirarse a alguna abadía benedictina. Sea como fuere, retiro voluntario o secuestro, queremos que usted lo encuentre. Cuando lo haya conseguido, le pagaremos cien mil dólares, gastos aparte, de cuya suma le haré en el acto un anticipo del veinte por ciento.

—Vaya —sonrió Gilbert—, se ve que le gusta ir al grano, señor Hart. Pero me temo muchísimo que, aun apreciando la bondad de su oferta, no me va a ser posible aceptarla.

El rostro de Hart expresó desilusión.

—¿Por qué? —preguntó.

—Le seré sincero —contestó Gilbert—. Estoy empeñado en otro caso y no es que me paguen más que ustedes, ya que si mis honorarios fuesen inferiores a los que me ha propuesto, tampoco aceptaría el caso Wakeman. Tengo por norma invariable no abandonar jamás a un cliente, hasta haber resuelto, satisfactoriamente, por supuesto, el asunto que me ha encomendado.

—Lastimoso —suspiró Hart—. Pero quizá podría simultanear...

—No, este caso me ocupa actualmente todo mi tiempo. No obstante, puede dejarme su dirección; si tanto les interesan mis servicios y termino pronto, me pondría en contacto con usted.

Hart asintió. Sacó una tarjeta y la dejó sobre la mesita.

—Deseo que termine pronto el caso que tiene entre manos —dijo.

Gilbert hizo una inclinación de cabeza.

—Muy amable —murmuró—. Por favor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, diga...

—¿Quién les habló de mí?

—Horatio Spearsley es gran amigo mío y conoce las tribulaciones que la ESC está pasando con la ausencia de Wakeman. El fue quien me habló de usted; incluso me indicó que ahora se hallaba en Europa.

—Conozco a Spearsley y tuve relación no hace mucho con él —sonrió Gilbert.

—Le resolvió usted un caso muy complicado —dijo Hart.

—Horatio tiene tendencia a exagerar, créame. Pero ¿cómo ha dado conmigo en Bruselas?

—Bien, consultamos a los consulados norteamericanos de las principales capitales europeas. Uno de ellos nos informó de su presencia en Bruselas. Luego ya fue cosa de ir preguntando por los hoteles de cierta categoría y...

—Oiga, ¿por qué no busca usted mismo a Wakeman? Después de

lo que ha dicho, ¿qué necesidad tiene de mis servicios?

Hart sonrió tristemente.

—Usted es hombre de acción y yo no —respondió—. Si es cierto lo que presumimos, Wakeman ha sido secuestrado por gente sin escrúpulos, que le obligará a hacerles partícipes de sus secretos científicos.

—¡Hum! Eso me huele a armas secretas —dijo Gilbert.

—Tal vez —contestó Hart con expresión un tanto ambigua.

Gilbert encendió un cigarrillo al quedarse solo. Una vaga sospecha se infiltró en su ánimo.

Wakeman... aparatos científicos de alta precisión... a veces, algunos de estos aparatos necesitaban diamantes como elementos componentes de su estructura, a fin de lograr todavía una mayor precisión...

¿Estaba Wakeman en poder de Syphax?

El teléfono sonó de pronto.

Era Tania.

—Bruce, ¿has leído los diarios? —preguntó.

—Sí, Tania.

—Entonces ya sabes...

—Esos cinco cadáveres carbonizados explican por qué no había nadie anoche en casa de Voorstis.

—Sí, lo explican muy claramente.

—Fueron sobornados, no cabe la menor duda. Aunque mejor sería decir engañados. El supuesto soborno se empleó para permitir la decapitación de Voorstis. Luego, Syphax, o el hombre de su confianza que ejecutó el crimen, se llevó tras sí a los cinco sirvientes. Pero éstos ignoraban que no llegarían vivos al lugar donde, además de buen dinero, les había propuesto, seguramente, otra colocación.

—Completamente de acuerdo, Bruce. Pero no te olvides de que vimos salir otro coche en primer lugar.

—Ocupado por una pareja, hombre y mujer, aunque no pude verles la cara, Tania.

—Ni yo —dijo la muchacha—. El hombre, ¿era Syphax?

—Tal vez, aunque también pudiera tratarse de alguno de sus esbirros de confianza. Pero sospecho que el único en quién confía Syphax es en sí mismo.

—Sí, yo también opino lo mismo. Bueno, ¿cuáles son tus proyectos para hoy?

—Es un tema reservado por ahora. Adiós, Tania.

Y colgó antes de que la muchacha pudiera protestar. Luego, sentándose en un sillón, empezó a reflexionar, con objeto de elaborar mejor el plan de acción que pensaba poner en práctica aquel mismo día.

Pero había algo que no podía quitarse de la mente. ¿Tenía Wakeman alguna relación con Syphax?

Gilbert solía fiarse mucho de sus corazonadas y, en aquel caso, obligaba casi la completa seguridad de que Syphax hubiera podido darle preciosos informes sobre el paradero y actividades del profesor Wakeman.

Estaba ya a punto de salir, bien entrada la noche cuando sonó el teléfono.

—¿Señor Gilbert?

La voz femenina era dulce, insinuante. Gilbert la reconoció en el acto.

—¿Cómo está usted, señora Van der Carveen?

—Muy enojada con usted, Bruce —declaró ella, aunque su acento lo desmentía—. ¿Por qué no ha venido a visitarme?

—Señora...

—Bruce, por favor, llámeme Maxie. Lo hacen así todos los amigos de confianza. Y usted lo es, me parece —dijo la mujer con una risita.

—Muy bien, Maxie, pero...

—¿Por qué no viene a visitarme? Me agradecería tener un ratito de charla con usted, créame. Además, estoy muy ansiosa por conocer noticias de sus investigaciones.

—Maxie, lo lamento infinito, pero hoy me es absolutamente imposible. Por culpa de esas mismas investigaciones que usted acaba de mencionar, ¿comprende?

Ella suspiró.

—Está bien, me resignaré a pasar sola la velada —contestó—. Pero llámeme en cuanto pueda, Bruce.

—Así lo haré —prometió él.

Maxence era una mujer hermosa, rica y sola. Sus intenciones se advertían al primer vistazo, pensó, mientras repasaba su equipo de

combate.

Podía tener contratiempos, se dijo y siempre convenía tomar precauciones.

Salió del hotel. Dos pensamientos martilleaban continua y simultáneamente en su cerebro.

¿De qué conocía el nombre de Syphax?

¿Era Syphax el actual «propietario» de Wakeman?

Dejó de pensar en ello cuando divisó a lo lejos la muestra de Le Chat Enchainé. Lo que iba a hacer en la taberna que había pertenecido a Kild Homar necesitaría de toda su atención.

CAPÍTULO VIII

Esta vez entró en la taberna por la puerta principal. Gilbert había tenido buen cuidado de vestirse con ropas que no llamaran excesivamente la atención: chaqueta de colores discretos, *pullover* gris oscuro, de cuello alto, y pantalones a juego. No ofrecía aspecto de hampón ni tampoco de sujeto adinerado.

Tras el mostrador, una mujer joven todavía, rubia, pechugona, atendía a los clientes, con la ayuda de un par de mozos. Las facciones de la mujer eran un tanto bastas, pero no dejaba de tener su atractivo.

Gilbert se acercó al mostrador y pidió una copa. La mujer le miró inquisitivamente.

—Nuevo, diría yo —murmuró, al ponerle la copa delante.

—Ha acertado, Marie...

—Me llamo Arlette. ¿Americano?

—¿En qué se me nota? —sonrió Gilbert.

—Habla muy bien el francés, pero el acento...

—Entiendo. —Había un espejo detrás de Arlette y a Gilbert le pareció que había un tipo que le miraba con cierta insistencia—. Americano y enamorado de Bélgica, pero más de las belgas.

—No trate de halagarme, eso no cuela —dijo Arlette con cierta aspereza.

Gilbert la miró por encima de su copa.

—¿Casada, Arlette? —preguntó.

—¿Le importa mi estado civil?

—Me importa el estado civil de toda mujer joven y hermosa.

Ella dulcificó un tanto su gesto.

—Le gusta atacar desde el principio —dijo.

—Hay operaciones en que la pérdida de tiempo es el más seguro camino hacia la derrota. Y yo no quiero ser derrotado.

—Pretende conquistarme; no diga más.

—¿Por qué mentir, Arlette? ¿Qué hombre, al verla a usted, no intentaría lo mismo? Pero, dígame, ¿es usted la dueña del local?

—No, sólo la encargada... Perdón, me llama un cliente.

Arlette se alejó. Gilbert saboreó lentamente su copa, mientras vigilaba a través del espejo al tipo que le había parecido sospechoso.

El sujeto estaba en compañía de una mujer. Gilbert se dijo que parecería lógico que Syphax continuase manteniendo una discreta vigilancia en la taberna.

Syphax conocía bien sus métodos. No resultaba nada extraño que hubiese llegado a la conclusión de que volvería algún día a la taberna, para investigar las andanzas de Homar. Procuró fijar en su mente el rostro del sospechoso. Luego sonrió, porque Arlette volvía junto a él.

—Pensé que sería usted la dueña —dijo.

—Homar me tenía como encargada. Atendía también a otros negocios.

—Comprendo. Ahora usted se convertirá en la dueña de...

Arlette hizo una mueca.

—Homar tiene un hermano, que se convertirá en su heredero. El otro Homar y yo no simpatizábamos. Me despedirá, apenas el juez le atribuye la propiedad del local —dijo.

—Y se quedará en la calle.

—Más o menos. Pero ¿qué le interesan a usted mis problemas?

Gilbert sonrió enigmáticamente.

—Quizá pueda ayudarle a resolverlos —manifestó—. Aunque hablar en el mostrador no es conveniente.

Arlette le estudió durante unos segundos. Luego hizo un leve pestaño de aquiescencia.

—Aquella escalera del fondo conduce a las habitaciones del piso superior —indicó—. La mía es la última de la derecha. Hoy no tenemos demasiada clientela. Subiré dentro de poco.

—Bien, Arlette.

Gilbert llenó dos copas y entregó una a la mujer.

—Para que tus problemas se solucionen fácilmente —brindó.

—En este mundo ya no se producen milagros, Bruce —suspiró ella.

—¿Quién sabe? ¿Qué milagro te gustaría se produjera en tu

favor?

—Cien mil francos belgas. Daría una buena entrada y tendría la propiedad de un local al que le he echado el ojo desde hace tiempo, más discreto, menos ruidoso y con mejor clientela que esta puerca taberna. Eso me convertiría en una mujer respetable y...

Gilbert hizo un rápido cálculo.

—Cien mil francos belgas son poco más de dos mil dólares —dijo.

—No estoy al corriente de las cotizaciones de la Bolsa —sonrió ella—. ¿Por qué lo dices?

Gilbert hizo caso omiso de la pregunta.

—Dime, ¿qué sabes de las actividades de Homar? —inquirió.

—No era un santo, precisamente. Tenía que terminar como terminó —contestó Arlette.

—Suele suceder a los que toman parte en negocios poco limpios. Tarde o temprano, alguien decide que estorban y... ¿No puedes darme más detalles de su vida? Dónde iba, con quién se reunía, si conseguía mucho dinero fuera de la taberna...

Arlette pareció concentrarse durante unos segundos.

—De cuando en cuando, hacía un viaje, quincenal, más o menos —habló al cabo—. Una vez le oí hablando por teléfono y capté el nombre de St. Joris-Winge. Está más allá de Lovaina, ¿comprendes?

—Sí. ¿Eso es todo?

—Homar mencionó cierto nombre..., Creo que es un establecimiento, algo así como un parador de carretera... Los Diez Minutos, me parece.

—Un nombre muy adecuado para un parador de carretera —sonrió Gilbert—. El que hace un viaje largo en coche, debe detenerse de cuando en cuando diez minutos para estirar las piernas y tomar un café.

—Sí, eso mismo. Pero no puedo decirte más, Bruce.

—¿Ningún nombre de persona?

Arlette movió la cabeza negativamente.

—Todo lo que te he dicho, lo escuché por casualidad. Homar era muy reservado —aseguró.

—Está bien, tendré que viajar a St. Joris-Winge. Arlette, si las cosas salen como deseo, cuenta con tu negocio propio.

Ella sonrió.

—¿Te vas ya? —preguntó.

—Mujer...

Arlette le echó los brazos al cuello.

—¿De veras tienes mucha prisa? —susurró cálidamente.

Gilbert se resignó. Arlette tenía muchos atractivos físicos y, además, le convenía quedarse algún tiempo a su lado. Era prudente corroborar las declaraciones que acababa de hacerle; incluso conseguir más detalles, se dijo.

Súbitamente, la apartó con suavidad.

—¿Qué te pasa, Bruce? —dijo Arlette, extrañada.

Gilbert se puso un dedo en la boca. Luego, de puntillas, caminó hacia la puerta.

Arlette le contemplaba intrigada. Gilbert empuñó el picaporte con la mano izquierda. Luego, de pronto, abrió y tiró hacia sí.

Un sujeto se irguió en el acto, terriblemente sorprendido. Antes de que pudiera reponerse, Gilbert disparó su mano derecha, agarró un puñado de cabellos y tiró hacia adentro con indescriptible violencia.

El espía penetró a la carrera. Tropezó con un sillón y cayó al suelo, dando volteretas.

Gilbert se lanzó hacia él.

—Cierra, Arlette —ordenó.

La mujer comprendió en el acto y corrió hacia la puerta. El espía trataba de levantarse en aquel momento, pero volvió a caer cuando una rodilla chocó perversamente contra su mandíbula.

—¿Lo conoces? —preguntó Gilbert.

El espía continuaba inconsciente. Sobre la mesa se veía su armamento: pistola y navaja de resorte.

—Es Michel Giroud, un hampón de baja estofa —dijo Arlette despectivamente—. Yo no quiero gente de esta calaña cuando tenga mi propio negocio.

—A Homar le gustaban como clientes, ¿verdad?

—Alguna vez habló con él, es cierto, aunque eran muchos los tipos de mala catadura que se entrevistaban a diario con Homar.

Gilbert entró en el baño contiguo y salió con una jarra llena de agua, cuyo contenido vertió sobre la cara del hampón. Giroud empezó a dar señales de vida.

—¿Qué piensas hacer con él? —consultó Arlette, aprensiva.

Gilbert fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y sonrió divertidamente.

—En seguida lo sabrás —contestó.

Descorchó una botella y llenó una copa hasta los bordes. Luego esperó a que Giroud se hubiese recobrado por completo y le ofreció la copa.

—Vamos, vamos —dijo con voz persuasiva—. Creo que me he equivocado y le ofrezco mis excusas. Beba, se lo suplico.

Giroud le miró de mal talante, aunque no por ello dejó de despachar el contenido de la copa de un solo trago. Gilbert la llenó de nuevo.

—Más, Michel —indicó.

Giroud bebió de nuevo, aunque esta vez solo la mitad.

—Todo —dijo Gilbert.

Y sacó su pistola.

Los ojos de Giroud expresaron temor. Bebió la copa y la sostuvo maquinalmente en las manos, mientras Gilbert la llenaba de nuevo.

Arlette sonrió al comprender las intenciones de su huésped.

—Eso es mejor que una paliza —comentó.

Giroud hipó.

—¿Qué..., qué es lo que quiere de mí? —preguntó, ya con voz un tanto tartajosa.

—Nos espiabas —dijo Gilbert.

—Bueno, yo...

—¿Por cuenta de quién, Michel?

Giroud no estaba totalmente embriagado y apretó los labios. Gilbert hizo una seña. Arlette llenó la cuarta copa.

—Bebe, Michel.

El espía eructó ruidosamente.

—Cochino —le increpó Arlette.

—Michel, ¿a quién envías tus informes? —preguntó Gilbert.

—Sólo... sé... un número de teléfono... ¡Hip! Es... lo único que puedo decir...

—Bien, pero ¿cuál es ese teléfono? ¿Quién contesta?

—Yo... digo e... el nombre de una mujer... Wilma... No sé más... Bueno, aquí tengo... tengo anotado el número...

Con ciertas dificultades, Giroud buscó en sus ropas y sacó una grasienta agenda, en la que señaló una página. Gilbert se volvió

hacia Arlette.

—Una guía telefónica, por favor —pidió.

Momentos más tarde, Gilbert hojeaba la guía. No pretendía buscar un teléfono entre decenas de miles, sino solamente localizar la población en que se hallaba ubicado, mediante el prefijo indicativo.

—Ah, aquí está —exclamó de pronto—. St. Joris-Winge.

—Entonces, no digas más: Los Diez Minutos —adivinó Arlette.

—¿Tiene dueña ese parador?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó—. Pero ahora me preocupa Michel...

Gilbert sonrió.

—Bebió demasiado y cayó por una ventana, en estado de embriaguez —dijo—. Ábreme uno cualquiera de los reservados contiguos —pidió a continuación.

Giroud no se enteró siquiera de que volaba por los aires. Arlette se estremeció al oír el golpazo contra el suelo del callejón.

—Si se mata...

—¿Qué responsabilidad es la tuya? Cuando lo encuentren, analizarán su sangre. Imagínate el resto.

Arlette sonrió.

—Sí, me lo imagino.

Y le echó los brazos al cuello.

—¿Vas a irte ahora? —preguntó, insinuante.

—Giroud no será encontrado hasta el amanecer. Irá a parar al hospital. Quizá ni se acuerde de lo que le ha sucedido. En todo caso, está fuera de combate para unos cuantos días —contestó él.

—Te quedas —dijo Arlette, con el cuerpo literalmente pegado al de Gilbert.

—Sí, me quedo.

Cuando regresó al hotel, estaba ya a punto de amanecer. Sentíase fatigado y, durante unos instantes, pensó en tomar un baño, pero se dijo que ya lo haría más tarde. Simplemente, se desvistió y, a los pocos segundos de tenderse en la cama, dormía como un tronco.

Despertó bien entrado el mediodía. Bostezando, se puso unas zapatillas y se encaminó al baño. Abrió los grifos de la bañera y volvió a la sala, a fin de encargarse de un almuerzo.

Entonces sonó el teléfono.

—¿Qué tal la juerga de anoche? —preguntó Tania.

—¿Cómo?

—No lo niegues, lascivo sujeto. ¿Te gustan las gordas? Arlette Dubois es un tonel con dos patas.

Gilbert se echó a reír.

—No es una sílfide, ciertamente, pero tiene una buena cualidad —contestó.

—Le gusta sentirse maternal y atender a los jovencitos imberbes e inexpertos.

—Arlette no es una vieja ni yo soy un jovencito imberbe e inexperto. Además de que no es tan fea como a ti te gustaría que fuese, tiene una virtud: le gusta cooperar.

—Oh, cooperar —repitió Tania—. ¿Positivamente?

—¿Hubiera ido a verla de no haber esperado buenos resultados? Y ya que hablamos de este asunto, ¿debo suponer que estuviste anoche en Le Chat Enchaîné?

Tania soltó una risita.

—¿Tú qué crees, Bruce?

—No te vi...

—Había una rubia muy estrepitosa y terriblemente pintarrajeada, con un escote hasta el ombligo, la falda cortísima y, además, abierta por el costado izquierdo. No te fijaste en ella, supongo.

—No, aunque me imagino que después de salir de la taberna, te irías a situarte debajo de algún farol. ¿Muchos clientes?

Ella lanzó una exclamación de ira.

—¿Por quién me has tomado, canalla? —gritó.

Gilbert iba a decir algo, pero no tuvo tiempo.

En el cuarto de baño se oyó un ruido extraño, como un grito sofocado. Luego, el chapoteo de un hombre en el agua.

Gilbert colgó sin despedirse siquiera. Corrió hacia su pistola y se asomó precavidamente a la puerta del baño.

Los grifos continuaban abiertos, manando agua. Pero el hombre que había dentro de la bañera, con el rostro terriblemente enrojecido, no sentía la mojadura del líquido.

Gilbert comprendió en el acto lo ocurrido. Volvió al teléfono y marcó el número de la centralita del hotel.

—Avisen a la policía —pidió—. Un ladrón ha intentado entrar en mi cuarto de baño y se ha electrocutado en la bañera.

CAPÍTULO IX

El coche se detuvo al atardecer, a prudente distancia del parador de carretera. Sentado tras el volante, con un cigarrillo en los labios, Gilbert estudió cautelosamente el terreno en que debía moverse.

Algo llamó su atención. Casi todas las luces estaban apagadas, salvo una en la parte delantera. Resultaba incongruente que un local destinado al servicio de los automovilistas no tuviera encendido siquiera un rótulo luminoso.

Los coches refrenaban su marcha al pasar por delante del parador, pero no se detenían. Aceleraban de nuevo y seguían su camino.

Gilbert observó el nuevo detalle. Las sospechas se infiltraron en su mente.

Sacó el coche de la carretera y apagó todas las luces. Luego se soltó el botón de la chaqueta; le convenía llevarla abierta.

Avanzó paso a paso entre los árboles. De pronto, divisó una silueta humana a pocos pasos de distancia.

El hombre caminaba con gran sigilo por lo que Gilbert estimó linderos del parador. ¿Un vigilante?, se preguntó.

Aguardó unos minutos. El hombre se alejó, pero volvió a poco, caminando en sentido contrario.

Otro hombre se le acercó.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada. Todavía no se advierten rastros de él.

—Vendrá, seguro.

—¿Picará al leer el cartel?

Sonó una risita.

—¿Quién no picaría al enterarse de que el parador está cerrado eventualmente por reformas? Pero eso aumentará su curiosidad y...

Gilbert sonrió en la oscuridad. Ahora comprendía por qué los automovilistas pasaban de largo.

Sólo uno debía detenerse y era él.

—Calculé mal —murmuró—. Giroud ha debido avisarles.

Aguardó unos minutos más. Realmente, no tenía prisa. Su tardanza, en cambio, podía poner nerviosos a los emboscados.

Al cabo de un rato, reptó lentamente por el suelo, tanteando con una mano. Uno de sus dedos rozó un cable muy fino.

El cable estaba a diez centímetros del suelo. Era una alarma.

—Piensan en todo —sonrió.

En vista del obstáculo, decidió preparar una trampa. Retrocedió unos pasos y, a tientas, buscó hasta encontrar un palito de regulares dimensiones. Con un trozo de cordel, ató una pequeña piedra a uno de sus extremos, a fin de aumentar su peso, y luego hundió el otro en la hierba, a menos de un palmo del cable de alarma.

Otro trozo de cordel fue atado al extremo superior del palo, junto a la piedra. Gilbert aguardó hasta que tuvo la seguridad de que no había vigilantes en las inmediaciones.

Entonces, pasó por encima del cable y, desenrollando el ovillo con grandes precauciones, avanzó una docena de metros, hasta situarse junto al tronco de un añoso roble.

De pronto, tiró del cordel.

El palo con la piedra cayó y movió el cable de alarma. Dentro de la casa sonaron gritos:

—¡Ahí está!

—¡Ya ha llegado!

Una mujer dijo:

—Acaben con él, rápido.

Gilbert continuó en su sitio. Segundos más tarde, oyó pasos precipitados.

Dos hombres llegaron a las inmediaciones del árbol. Sacaron sus pistolas y empezaron a disparar encarnizadamente. Los disparos no hacían ruido, debido al silenciador.

Antes de que acabaran de hacer fuego, alguien les atacó por la espalda. La culata de una pistola golpeó dos cráneos con sorprendente rapidez. Dos cuerpos humanos se desplomaron instantáneamente, sin hacer el menor ruido.

Gilbert sonrió en la oscuridad. Luego, tranquilamente, se dirigió hacia el edificio.

Wilma Ballard se hallaba en la puerta de la sala, tenuemente

iluminada, mirando con ansiedad. De pronto, oyó una voz a sus espaldas:

—¿Me esperaba, señora Ballard?

Wilma se volvió, como picada por un áspid. Gilbert había percibido antes un tono de voz chirriante y desagradable. Ahora veía que el aspecto de la mujer correspondía exactamente con la voz.

Era alta, huesuda, de nariz ganchuda y ojos diminutos e inquietos. Tenía una pistola en la mano, pero la dejó caer al suelo apenas vio que había otra apuntándole al pecho.

—¿Gilbert? —dijo.

—Entre, cierre, y siéntese. Sus esbirros están durmiendo.

—La alarma funcionó...

Gilbert sonrió.

—Yo la hice funcionar deliberadamente, pero ya estaba en el interior. Sus amigos dispararon a la hierba.

—Y les atacó por detrás.

—Justamente.

Wilma inspiró con fuerza.

—Va a morir, Gilbert —anunció tétricamente.

—Todas somos mortales —suspiró él con falta resignación—. Por favor, ¿quiere poner las manos en el regazo cuando se siente?

Wilma dudó un momento antes de sentarse. Dobló las rodillas, pero, de pronto, rectificó el gesto y se corrió un metro a su izquierda, en el diván.

A la derecha de la mujer había un cuadro de tema abstracto y colores chillones. Gilbert tomó nota del detalle, mientras se cambiaba la pistola a la mano izquierda y metía la derecha en el bolsillo correspondiente de la chaqueta.

—Wilma, ¿quién es Syphax? —preguntó.

—No lo sé —respondió ella con voz átona.

—¿Le paga mucho por sus servicios?

—Bastante bien.

—Ese dinero alcanza para pistoleros, ¿verdad?

Wilma se encogió de hombros.

—No me sacará nada —contestó.

—Está equivocada —dijo Gilbert—. Debiera recordar a algunos de los tipos de ambos sexos que han trabajado para Syphax. Unos

han muerto a mis manos... y otros, como Voorstis y su servidumbre, porque ya no le hacían falta. A usted puede ocurrirle lo mismo, Wilma.

Los delgados labios de la mujer temblaron perceptiblemente.

—Hable —invitó el joven.

—La verdad es...

—¿Teme a Syphax?

Wilma hizo un gesto de asentimiento.

—Es increíblemente despiadado —contestó.

—¿Lo conoce en persona?

—Una vez lo vi en el parador. Sin embargo, creo que iba disfrazado.

—Describalo.

—Alto, más o menos como usted, con un gran bigote, algunas canas en las sienes... Pelo negro, abundante.

—¿Ojos?

—No me fijé.

—¿Vino solo?

—No. Iba una mujer con él. Morena, muy arrogante, unos treinta años. Una auténtica belleza.

—¿Cuál era el color de sus ojos?

—Azul. Eso me extrañó muchísimo...

Gilbert sonrió.

—Ella también iba disfrazada —aseguró—. ¿Oyó su nombre?

—No, no despegó los labios en ningún momento. Parecía muy orgullosa, displicente... Me resultó antipática, créame.

—¿Qué nombre dio él?

—Caydin. Dijo que la contraseña sería Syphax para lo sucesivo.

—¿Ha vuelto a verle?

—No, siempre usa el teléfono.

—¿Tiene usted su número?

—Syphax me llama siempre a mí. No sé dónde reside.

—¿Seguro?

Wilma dudó un instante.

—Una vez oí a una persona que estaba a su lado. Calculo que sería la mujer. Ella no se dio cuenta de que Syphax hablaba conmigo. Yo oí un nombre que me chocó muchísimo: Petit Penta. No sé más, lo juro.

Gilbert almacenó aquel dato en su memoria.

—¿Cuáles son las instrucciones que tenían respecto a mí? —inquirió.

—Matarle.

—Syphax debía de pagar bien, ¿verdad, Wilma?

Ella hizo un encogimiento de hombros, en el que la resignación tenía buena parte.

—Me obligó —dijo.

—¿Por qué medios?

—Tenía una hipoteca sobre el parador. El la compró. Ya tengo años y estoy sola en el mundo. No sé qué haría si perdiese el negocio —explicó Wilma con voz sorda.

—Lo siento, pero quizá las cosas cambien cuando yo encuentre a Syphax. Wilma, ¿me delatará usted si él la llama?

—Los dos hombres que están afuera obedecen directamente a Syphax, aunque simulen acatar mis órdenes. Yo puedo callar, pero ellos...

—Comprendo. Bien, tendré que pensar en algo que permita solucionar su situación —dijo Gilbert.

En aquel momento, el cuadro de factura abstracta empezó a girar a un lado.

«No has sido sincera del todo, maldita zorra», pensó Gilbert.

Pero ya estaba preparado. Cuando el cuadro terminaba su giro, la mano de Gilbert salía fuera del bolsillo, con una bomba de mano a la que sólo faltaban un par de segundos para la explosión.

La boca de una pistola ametralladora asomó por el hueco. Wilma se puso en pie, chillando ferozmente:

—¡Mátalo, mátalo!

Gilbert arrojó la bomba de mano a través del hueco. Luego se tiró al suelo.

Al otro lado del tabique se oyó un reniego. El cañón del arma se inclinó y ladeó al mismo tiempo que escupía una sonora ráfaga de balas.

Cosida a balazos en un segundo, Wilma saltó hacia atrás, aullando frenéticamente. Casi en el acto, estalló la bomba.

El tabique se derrumbó aparatosamente, en medio de una nube de humo y yeso pulverizado. Un cuerpo humano pasó violentamente a través del enorme agujero.

Otro cuerpo humano voló por los aires y se estrelló contra la pared frontera. El segundo vigilante cayó al suelo, sin enterarse de que estaba desventrado.

Gilbert se puso en pie, transcurridos algunos segundos. Contempló los cuerpos destrozados y meneó la cabeza.

—Trabajar para Syphax es tanto como buscarse la muerte —murmuró lúgubrementes.

Mientras corría en busca de su coche, pensó que los golpes asestados a los vigilantes habían sido muy moderados.

—Lo tendré en cuenta para la próxima ocasión —gruñó.

Al llegar al hotel le entregaron una carta.

Casi le pareció lógico recibirla. Rasgó el sobre y extrajo la cuartilla doblada que había en su interior:

«Te acercas más a cada momento que pasa. El Giant Sun no ha recibido su nombre vanamente. Es un sol gigante, pero también abrasador. Recuerda que las mariposas se queman cuando se acercan demasiado a una llama.

»A pesar de todo, cordiales saludos;

»Syphax».

—Soy un zoquete —se apostrofó Gilbert—. He oído ese nombre, sé que no me es extraño, pero, por más esfuerzos que hago, no puedo localizar dónde lo he oído ni quién lo utilizó en tiempos.

CAPÍTULO X

Gilbert levantó el teléfono al oír el timbre y percibió en el acto una voz dulce e insinuante:

—¿Bruce?

—Ah, hola, Maxie —saludó él.

—Estoy muy enojada con usted. Hace días que no tengo noticias tuyas.

—¿Quiere recibirlas directamente?

—Me encantaría, Bruce.

—¿Qué le parece mi visita a las siete de la tarde?

—Una hora muy apropiada —aceptó Maxence.

—Seré puntual —prometió él.

Volvió el teléfono a la horquilla. Sin saber por qué, se sentía inquieto y hasta disgustado.

Tania no había dado señales de vida en cuarenta y ocho horas. Se preguntó qué diablos podía pasarle a la muchacha.

Pero ya andaba un poco justo de tiempo. Vería a Tania más tarde, decidió finalmente.

A las siete, su dedo índice presionó el botón de llamada de la puerta de la residencia de Maxence. La propia dueña de la casa abrió segundos más tarde.

—Me gusta la puntualidad —dijo con cálida sonrisa.

Gilbert contempló unos instantes a la mujer, ataviada con muchos metros de tejido vaporoso, de color negro, debajo del cual se entreveía una blanca silueta, de curvas estatuarías. Maxence se había colocado deliberadamente a contraluz, lo que incrementaba el efecto insinuante y sugestivo de su aspecto.

—Siempre resulta bien ser puntual —contestó él. Y tomó la mano que Maxence le ofrecía lánguidamente, haciéndola emerger de los velos negros.

—Venga, beberemos algo juntos; tengo unos enormes deseos de

conocer el resultado de sus pesquisas.

Maxence le condujo a otra sala, distinta de la que él ya conocía. Destapó un frasco de vidrio tallado y llenó dos copas.

—Hable, le escucho —dijo al cabo de unos segundos.

—Estoy acercándome al Giant Sun —contestó él.

—¿Muy cerca?

—Bastante. Pero aún no lo puedo divisar.

—Lo encontrará, no lo dudo.

—Sí, estoy seguro de ello. Perdón, Maxie, ¿ha oído hablar alguna vez de un lugar llamado Petit Penta?

—No. ¿Dónde está, Bruce?

—Eso es lo que yo quisiera saber —respondió Gilbert.

—¿Supone que el diamante ha ido a parar a ese sitio?

—Las posibilidades son casi de un ciento por ciento.

—Comprendo. Sin embargo, no tengo la menor idea de dónde puede estar situado ese Petit Penta.

—Penta da idea de algo que tiene cinco... cosas: un polígono de cinco lados, por ejemplo. ¿No podría tratarse de una propiedad privada?

Maxence se encogió de hombros.

—¿A quién se le ocurriría poner un nombre tan absurdo? —exclamó.

—Sí, es un poco raro, en efecto. Pero es la mejor pista que he conseguido hasta ahora.

—¿Dónde, Bruce?

—En un parador llamado Los Diez Minutos.

—He leído los periódicos. Hubo bastante jaleo.

—Sí, un poco.

Ella le miró maliciosamente.

—¿Tuvo algo que ver con ello, Bruce? —preguntó.

—El hombre que robó sus diamantes tiene cómplices e informadores por todas partes. Pero, aunque sus acciones parecen casi perfectas, también comete errores.

—¿Por ejemplo?

—Un contacto eléctrico en mi bañera. Por fortuna, no llegué a bañarme.

—He leído que un ladrón intentó penetrar en su habitación del hotel, usando precisamente el cuarto de baño.

—Aceptemos la teoría del ladrón. Era un hombre de Syphax.

—¿Venía a comprobar si había funcionado la trampa?

—Probablemente, no había visto el jaleo que se habría producido de haberse encontrado mi cuerpo en la bañera. Pero no contó con que yo estaba durmiendo. Llegué casi al amanecer y estaba cansado. El tipo, tal vez, estuvo aguardando en el vestíbulo del hotel a que sucediera algo. Si se produce la muerte de un huésped, hay siempre algo de jaleo, aunque el asunto se lleve con mucha discreción. El vio que todo estaba tranquilo y decidió subir a investigar, pues ya eran más de las tres de la tarde.

—Y se metió de bruces en la bañera.

—Sí, yo había empezado a llenarla y entonces llamó el teléfono y me distrajo. Casi me había olvidado de que tenía los grifos abiertos, cuando se produjo la electrocución del tipo. Gritó un poco y entonces le vi muerto.

—Pero si había corriente a la bañera, usted, al abrir los grifos...

—Estaba calzado con unas zapatillas, que actuaron de aislante. Por otra parte, para electrocutar a una persona en la bañera no es necesaria una tensión muy elevada; basta con la normal que se suministra al edificio para alumbrado y demás. En condiciones ordinarias, usted recibe una sacudida, pero no pasa nada. La cosa varía cuando uno se mete desnudo en el agua o, como el tipo aquél, aunque no sea más que hasta las rodillas. Fue suficiente para quedarse frito en el acto.

Maxence puso cara de horror.

—No diga eso, se lo ruego —pidió, aprensiva.

—Lo siento, a veces, mi lenguaje es un poco rudo.

—Está bien, hablemos de otro tema.

—Usted dirá —sonrió Gilbert.

Maxence llenó las copas nuevamente y se sentó, insinuante, junto a su huésped.

—Podemos hablar de nosotros mismos —sugirió.

—No es mala idea —admitió él—. Y, por cierto, nunca le he preguntado si es usted casada, soltera, viuda o...

Ella le tapó la boca con dos sonrosados dedos.

—Soy mujer solamente —contestó.

—Muy hermosa por cierto.

—Y completamente indefensa en determinados momentos.

—¿Ahora también?

—Es probable, Bruce.

Gilbert se inclinó para dejar la copa en la mesita que tenía ante sí. Luego, volviéndose hacia ella, la abrazó con fuerza.

—Voy a probar cuál es su capacidad de defensa —murmuró, buscando aquella boca ardiente que se le ofrecía incitantemente.

—En estos momentos, ninguna —contestó Maxence.

El beso fue largo, cálido, ardoroso. Gilbert se separó ligeramente de la mujer.

—Temo una cosa —dijo.

—¿Sí?

—Una interrupción inesperada...

—No habrá interrupciones; estamos solos —aseguró ella.

Sin hacer el menor ruido, Gilbert abrió la puerta y se deslizó en el interior de la vivienda. Reinaba un silencio absoluto. Las cortinas, casi corridas, dejaban las estancias sumidas en una fuerte penumbra.

Gilbert llegó al dormitorio y vio una silueta tendida en la cama, boca abajo. Una sonrisa se dibujó en sus labios al acercarse al lecho.

De pronto, golpeó con la palma de la mano. Tania lanzó un grito de pavor y se sentó instantáneamente en la cama.

—¿Quién...?

—Arriba, perezosa —dijo Gilbert, mientras recorría las cortinas de la ventana—. Son casi las diez y es hora de iniciar el trabajo cotidiano.

Tania le miró con furia.

—¿A qué llamas trabajo cotidiano? —exclamó.

—Bueno, tenemos que hacer algo, ¿no? ¿O es que te has cansado ya de seguir a mi lado mientras busco a Syphax?

—Estoy cansada de aguardar noticias tuyas —dijo la muchacha, muy enojada—. Casi tres días sin saber de ti...

—Lo mismo puedo decir yo, ¿no te parece? En todo ese tiempo, no he sabido nada de ti; ni siquiera se te ha ocurrido llamarme al hotel.

—Estuve ocupada —se defendió ella.

—¿Algún trabajo importante?

—Trataba de ayudarte, Bruce.

—¿Qué has conseguido, Tania?

Ella suspiró.

—Sinceramente, nada. Creí haber hallado una pista, pero estaba equivocada —respondió.

—Lastimoso —calificó él.

—¿Has conseguido algo?

—Sí, una pista también, aunque muy remota. Pero tengo la impresión de que, si llego al final, habré encontrado el Giant Sun y compañía.

—Muy interesante —dijo Tania—. ¿Puedes contarme algo?

—¿Hay café en casa?

Ella se sorprendió de la, en apariencia, incongruente pregunta. Luego reaccionó:

—Qué cosas dices. Claro que hay café...

—Entonces, vístete; te prepararé el desayuno mientras tanto.

—Es una buena idea, «Hombre Infalible» —aceptó Tania, complacida.

Gilbert fue a la cocina y empezó a trastear en ella. Un cuarto de hora más tarde, regresó a la sala, con una bandeja en las manos.

Tania apareció casi en el acto, vestida solamente con una blusa y pantalones cortos. El pelo estaba sujeto por una cinta roja. No había la menor sombra de maquillaje en la cara.

—Me gustas así —dijo él, mientras llenaba dos tazas de café—. Te he preparado huevos, tostadas, mantequilla, mermelada... Por supuesto, lo he hecho porque no sigues ningún régimen.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, mientras empezaba a llenar de mantequilla una rebanada de pan tostado.

—Tu frigorífico no estaría tan repleto de víveres, en caso de guardar un severo régimen dietético.

—Es cierto, puedo comer todo lo que se me apetezca. Pero no abuso, por si acaso.

—Sabia precaución —alabó él—. Lo mismo hago yo con la bebida: nunca bebo más de un trago cada vez.

Tania le miró suspicazmente.

—Un trago cada... ¡Yo también hago lo mismo cuando bebo! —exclamó de pronto.

—Y nunca engulles más de un bocado a la vez, ¿verdad?

—Oh, Bruce, dejemos las bromas a un lado. He leído los diarios y sé que alguien murió en tu bañera. Podías haber sido tú.

—Pero no fui, por fortuna. El asesino cayó en su propia trampa.

—¿Un hombre de Syphax?

—A estas alturas, no puedes dudarlo, Tania. Pero dime una cosa: ¿has oído hablar alguna vez de un lugar llamado Petit Penta?

—No, nunca. ¿Qué es eso. Bruce?

—A juzgar por los informes que me facilitó Wilma Ballard, el lugar donde Syphax tiene la guarida.

—También estoy enterada de lo que le pasó a Wilma; Fuiste tú, supongo.

—En defensa propia, querida. Wilma habló mucho, con ánimo de entretenerme. Creía que no podría utilizar la información que me facilitaba; por eso se sintió tan comunicativa.

—Y te atacó...

—Me atacaron sus compinches. Yo empleé una bomba de mano, eso es todo.

—«Devastador», deberían llamarte —murmuró ella. Apuré el café y se puso en pie—. Voy a terminar de arreglarme —añadió.

—Muy bien, te espero —dijo Gilbert, a la vez que se disponía a encender un cigarrillo.

Luego llevó la bandeja a la cocina. Para distraerse mientras Tania completaba su atavío, tomó unas revistas que había sobre una mesita auxiliar y empezó a hojearlas sin demasiado interés.

Transcurrieron algunos minutos. Una de las revistas era ya vieja, de algunos meses antes, y se refería a decoración interior y exterior de las casas, de algunas de las cuales mostraba, incluso, vistas aéreas.

Una de las fotografías llamó de repente su atención. En realidad, lo que le hizo sobresaltarse fue el contorno de la tapia que rodeaba el jardín que formaba parte de la posesión.

Un agudo grito se escapó de sus labios.

—¡Tania!

Ella, todavía a medio vestir, acudió a la carreta. Gilbert no se preocupó en absoluto del sugestivo, y escaso, atavío de la muchacha.

—¡Eureka, eureka! —dijo Gilbert, muy excitado.

Los ojos de Tania brillaron con fuerza.

—Eso significa que lo has encontrado —exclamó.

—Sí. —El índice de Gilbert golpeó repetidas veces la página de

la revista de decoración—. Ésta es, aquí está situada la guarida de Syphax.

CAPÍTULO XI

—¿Tienes miedo? —preguntó Gilbert, a la vez que recorría con la vista los instrumentos del tablero.

—Un poco —confesó ella.

—Se ve que no te gusta volar.

—No es volar precisamente lo que me da miedo —dijo Tania—. Una vez, recuérdalo, me metí de polizón en el avión que habías alquilado.

Gilbert dio gas y el pequeño aparato empezó a rodar hacia la pista de despegue.

—Entonces, ¿qué es lo que te da miedo? —preguntó.

—Syphax.

—¿Syphax? Mujer, desde el aire, no...

—Bruce, tú eres inteligente. Syphax no lo es menos. ¿Crees que no ha previsto la posibilidad de un ataque desde un avión?

—Cierto, pero es que nosotros no vamos a atacarle. Simplemente, vamos en misión de exploración.

El avión estaba ya en cabecera de pista. Gilbert habló brevemente con la torre de control. A los pocos segundos, avanzó la palanca de gas y el motor aumentó sus revoluciones.

El aparato empezó a rodar, cada vez más rápidamente. Momentos después, se elevaba en el aire.

Gilbert hizo que el avión alcanzara los dos mil metros de altura. Luego, lentamente, lo orientó hacia la costa.

A los pocos minutos, divisaron el mar.

—Me pregunto si los contornos de la tapia tienen que ver algo con una posible fortificación —dijo Tania, pasado un buen rato.

—Tú te refieres a su forma pentagonal, ¿no es así?

Ella asintió. Gilbert continuó:

—Lo que Wilma oyó, aunque incompletamente, fue Petit Pentagone. En medio de todo, Syphax es un humorista.

Probablemente, el arquitecto tuvo que dar esa configuración al muro, para aprovechar mejor el terreno.

—Sí, quizá tengas razón.

Siguieron volando. Un cuarto de hora más tarde, Gilbert consultó el mapa.

—Estamos solo a unos pocos kilómetros del objetivo —dijo.

Viró ligeramente hacia la izquierda. De pronto, y pese a la altura, Tania vio la guarida de Syphax:

—¡Ahí, casi debajo de nosotros! —exclamó.

Gilbert ladeó el avión. El contorno pentagonal de la tapia que protegía la residencia era claramente visible, Incluso desde dos mil metros de altura.

Divisaron numerosos árboles y la casa principal, en la que destacaba una torre cuadrangular, situada en uno de sus ángulos. Gilbert hizo que el avión describiese un par de círculos sobre el objetivo, sin perder altura en ningún momento.

—Bueno, a casita —dijo, a la vez que tomaba nuevamente el rumbo del aeropuerto de Bruselas.

—Pero... no hemos visto casi nada —protestó Tania—. Deberíamos haber volado mucho más bajo...

—No era necesario que corriésemos riesgos —dijo él sibilantemente.

Tania se sentía ardiendo de impaciencia. Hacía ya varias horas que Gilbert había desaparecido y aún no tenía noticias suyas.

De pronto, llamaron a la puerta.

Corrió a abrir. Un sujeto desconocido, con sombrero de grandes alas y gafas oscuras, la amenazó con una pistola desde el umbral.

—Adentro —dijo secamente.

Tania retrocedió, con las manos en alto. El desconocido señaló un sillón.

—Siéntese —ordenó.

La muchacha obedeció. Se mordía los labios, sabiéndose impotente para hacer nada contra el asaltante.

—¿Le... le ha enviado Syphax? —preguntó.

—No hay respuestas. Guarde silencio.

—Es que...

—Silencio. Y así todo el tiempo, incluso cuando llegue Gilbert.

—Ah, piensa matarle.

—Usted se salvará, si calla cuando él llegue. Si grita para advertirle, morirá también.

Tania se reclinó indolentemente en el sillón.

—Me matará también —dijo—. No va a marcharse de aquí, dejando un testigo comprometedor.

El pistolero hizo una mueca.

—Lo siento —contestó fríamente.

—¿Por qué no dispara ahora? Así se ahorrará un trabajo para cuando llegue él...

—Gilbert es muy rápido. Si la viese tendida en el suelo, reaccionaría contra mí. Prefiero que la encuentre en actitud normal.

—Le advierto que está perdiendo el tiempo. Gilbert no vendrá —dijo Tania.

—Vendrá —aseguró el otro—. Y basta ya de charla.

—¿Le pongo nervioso? —sonrió la muchacha.

—He dicho que se calle...

El timbre de la puerta sonó en aquel momento.

—Abra —ordenó el pistolero.

—Abra usted —dijo Tania, desafiante.

—Le he dicho...

—Claro, y así aprovechará para pegarme un tiro por la espalda. Si quiere, abra usted. —Ella cruzó los brazos bajo el seno—. No pienso moverme de aquí, de modo que ya puede empezar a disparar.

El timbre sonó nuevamente. Se oyó una imprecación.

—Escuche —dijo el pistolero en voz baja—, tengo orden de matarlos a los dos. Respetaré su vida si me promete no gritar, para avisar a Gilbert.

—¿Quién me garantiza que cumplirá su palabra?

—Nunca miento...

Por tercera vez sonó el timbre. El pistolero se puso en pie y se acercó a la puerta sin dejar de apuntar a la muchacha con el arma.

—Silencio —dijo en voz baja.

—Descuide —contestó ella en el mismo tono.

El pistolero abrió. Su sorpresa fue grande al no ver a nadie en el umbral.

—Pero ¿qué demonios...?

Instintivamente, asomó la cabeza. Entonces, dos fuertes manos

lo agarraron por el cuello, lanzándole con tremenda fuerza contra la pared opuesta.

Se oyó un seco crujido. El pistolero rebotó, tambaleándose, semiinconsciente. Gilbert lo agarró ahora por el cuello de la chaqueta y tiró en sentido inverso, lanzándolo al interior de la vivienda.

El pistolero había perdido ya su arma. Cayó de espaldas y quiso levantarse, pero la puntera de un zapato se estrelló sin piedad contra su mandíbula.

Tania se puso en pie de un salto.

—Menos mal —suspiró, aliviada.

—Ese tipo te tenía intimidada —dijo Gilbert.

—Sí. Pensaba matarnos a los dos... Me ordenó abrir, pero yo me negué. Quería que supieras que pasaba algo, cuando te diceses cuenta de que me demoraba en abrir.

—Fue una buena idea —convino él, sonriendo.

Los dientes de Tania entrechocaron.

—Pero he pasado un miedo horroroso —aseguró.

—Lo que no te impidió razonar de la forma más adecuada. Bien, mientras ese tipo se repone, vamos a ver si examinamos el Petit Pentagone.

—¿Otra vez? —se asombró ella.

—Ahora, con toda comodidad —respondió él, a la vez que se dirigía hacia el pasillo.

Entró y cerró la puerta. Montó una pantalla de proyección y luego conectó el proyector de diapositivas que había traído consigo.

—Tomé unas cuantas fotografías, con teleobjetivo —explicó—. Ahora vamos a ver los resultados.

Tania le contempló admirada.

—Piensas en todo —dijo.

—Lo mismo se hace en la guerra: antes de atacar el objetivo, se toman fotografías desde el aire.

Gilbert conectó el proyector. Instantes después, Tania pudo ver en la pantalla, de más de un metro de lado, una excelente vista aérea del Petit Pentagone.

Las luces no habían sido apagadas por completo. En la mano izquierda, Gilbert tenía la fotografía de la revista que le había dado la solución del caso y la comparaba con la que aparecía en la

pantalla.

—Fíjate —dijo al cabo de un rato—, cuando el fotógrafo de la revista tiró su placa, no había estas torres en los vértices del pentágono. Ni tampoco se había edificado la torre junto a la casa.

—Parecen construcciones recientes, ¿no crees?

—Sí. Estoy seguro, que las torretas son, simplemente, puntos de vigilancia y defensa, con ametralladoras. Pero me preocupa la torre más grande.

—Se ve un tejado a dos aguas...

—Metálico. Es una especie de cubierta de lo que hay en el interior de la tori. Cuando se necesita, esa cubierta se abre en dos... ¿y qué sale de la torre?

Tania calló. No se le ocurría ninguna respuesta.

—Hay también un foso al pie de la tapia, en todo su contorno. Según mis estimaciones, mide no menos de diez metros de ancho. Debe de ser muy profundo.

—Con cocodrilos —dijo ella, en tono de broma.

—No me extrañaría en absoluto —respondió Gilbert, muy serio—. Pero ni el muro ni el foso son obstáculos infranqueables.

Gilbert apagó el proyector. Tania le miró fijamente.

—Adivino que piensas ir al asalto de ese pentágono —dijo.

—Sí —admitió Gilbert.

—Iré contigo...

—Nena, para entrar en ese fuerte se necesita un entrenamiento del que tú careces en absoluto. No puedo consentir que corras riesgos innecesarios.

—Tú sí correrás...

—Es mi oficio —cortó él secamente.

El pistolero empezó a rebullir.

Gilbert lo registró minuciosamente. Todavía le quitó una pistola muy pequeña y una navaja. Luego le arrojó una jarra de agua en la cara, para terminar de despejarle.

Al cabo de un rato, el pistolero se puso en pie.

—Lárgate, Lex Thorpe —dijo Gilbert.

—Sabe mi nombre —gruñó el sujeto.

—Te he registrado mientras dormías. Vamos, fuera de aquí.

Thorpe se marchó, sin comprender muy bien los motivos de la benevolente actitud de Gilbert. Éste cerró la puerta y se volvió hacia

la muchacha.

—Te extraña que lo haya dejado ir, ¿verdad? —sonrió.

—Sí, pero he podido darme cuenta de que no haces nada sin motivo —contestó Tania.

—Tienes razón. He dejado libre a Thorpe por dos razones. En primer lugar, dirá a Syphax que pienso ir a su fortaleza.

—Pero... eso es un disparate...

—No lo creas. Syphax me aguardará, es cierto; sin embargo, atacaré por sorpresa, de un modo totalmente anticonvencional, lo que me concederá todas las ventajas.

—Estás loco. —Tania meneó la cabeza—. ¿Cuál es la otra razón? —inquirió.

—Thorpe quiso matarnos, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Bueno, ha fracasado. Es un asesino profesional, así que no debemos lamentar su muerte.

—Pero está vivo...

—No vivirá mucho después de anunciar a Syphax su fracaso.

Tania abrió los ojos.

—Eres terrible —dijo.

—Los tipos como Thorpe no merecen vivir —respondió él fríamente.

Y ya se disponía a salir, cuando Tania le hizo una pregunta:

—Bruce, ¿cómo pudo enterarse Syphax de que habíamos volado sobre su guarida?

—Desde el suelo, con un telescopio, pudo ver perfectamente la matrícula del avión. Recuerda que dimos dos o tres vueltas sobre el Petit Pentagone.

—Sí, es cierto.

—Y, al alquilar el avión, tuve que dar nuestros nombres. Si sospechaba del avión que sobrevolaba su guarida, no le resultó difícil una rápida investigación en el aeropuerto.

—Entiendo. Pero sigo sin aprobar el hecho de que permitas que Thorpe le avise.

Gilbert sonrió.

—Eso hará más interesante el encuentro —dijo.

CAPÍTULO XII

Le Petit Pentagone estaba situado en un promontorio, no lejos de la orilla del mar. Agazapado tras unos arbustos, a unos trescientos metros, Gilbert, provisto de unos gemelos, estudiaba los menores detalles de la fortaleza, aprovechando los últimos minutos de luz del día.

Las torretas eran lisas, con unas mirillas demasiado pequeñas, a su juicio. Pero quizá las aspilleras grandes estaban orientadas hacia el interior. Los fuegos de cinco ametralladoras se cruzarían mortíferamente si alguien conseguía franquear la tapia y el foso.

El foso era lo que más preocupaba a Gilbert. Su anchura le parecía desorbitada. ¿Por qué diez metros? Un buen nadador lo salvaría en media docena de brazadas..., pero ¿no llegarían antes los animales feroces que vivían en el agua?

Tiburones, pirañas... Respecto a la tapia no sentía preocupación alguna, pero el foso...

Llegó la noche. Gilbert empezó a ponerse en campaña.

A la espalda llevaba una mochila pesadísima. Caminó lentamente, abrumado por el peso del equipo. Pero sin lo que llevaba en la mochila, no podría entrar en la guarida de Syphax.

Minutos más tarde, alcanzó el muro, en un punto equidistante de dos torretas. Agazapado, empezó a trabajar. El borde de la tapia se alzaba a cuatro metros sobre su cabeza. Las torretas eran algo más altas, cosa de seis metros.

Durante unos minutos, estuvo muy ocupado. Luego, deslizándose como una sombra, caminó a lo largo del muro, salvando la próxima torreta. Llegó a la siguiente y sacó una cuerda, provista de un pequeño arpeo en uno de sus extremos.

Pendiente de su cinturón llevaba dos bolsas, bien sujetas, para que no le causaran molestias al entrar en acción. La pistola estaba en un arnés con funda sobaquera.

Consultó el reloj. Todavía faltaban treinta segundos.

Cuando habían transcurrido ya veinte, se puso en pie, con el arpeo en la mano. Contó mentalmente hasta diez y, en el mismo instante, lanzó el arpeo hacia arriba.

El hierro volaba todavía por los aires, cuando se produjeron dos atronadoras explosiones. Todo un lienzo de muralla saltó en pedazos. La conmoción resultó tan fuerte, que una de las torretas se derrumbó estrepitosamente.

Sonaron gritos de alarma. Gilbert trepaba ya por la cuerda. En pocos segundos, alcanzo la cúpula de la torreta, de escasa curvatura.

Debajo de él sonaron voces:

—Noagas caso —dijo uñó—. Nosotros tenemos órdenes bien concretas. Si alguien trata de entrar, acribíllalo.

—Estoy dispuesto —contestó el otro.

La aspillera estaba, tal como Gilbert había calculado, orientada hacia el interior. Gilbert se sacó una bomba de mano, pendiente de un cordel y, tras arrancar la anilla del seguro, la dejó deslizar rápidamente hasta dos metros más abajo.

La bomba explotó fragorosamente. Gilbert aprovechó la ocasión para descolgarse al interior del recinto. Entre el foso y el muro había un pasillo de un metro de ancho.

De pronto, oyó pasos cercanos.

—Ha sido ahí, en la número cuatro —gritó alguien.

El cilindro de la torreta sobresalía cosa de tres metros hacia el interior del recinto. Gilbert se dijo que, en cuanto aquellos dos sujetos hubiesen entrado en la torreta, intentaría la travesía del foso.

El pasillo se curvaba, siguiendo los contornos de la torre. De repente, Gilbert vio a un hombre delante de sí.

El individuo le miró con sorpresa. Casi en el acto, apareció su compañero.

Gilbert no les dio tiempo a reaccionar. Golpeó ál primero y le lanzó contra el otro. Los dos hombres rodaron por el suelo y cayeron al foso.

Se oyó un terrible alarido. Los cuerpos de los esbirros quedaron rodeados durante un segundo por una horrible envoltura de diminutas chispas eléctricas. Luego, casi en el acto, se hundieron a

plomo en el foso.

Gilbert se quedó helado: no había animales feroces en el agua del foso, sino una simple conexión a la corriente eléctrica. Probablemente, de mayor voltaje que la empleada en la bañera del hotel.

Pero aquel simple artificio convertía el foso en un valladar infranqueable. Había contado con algunas bombas de mano para espantar a los posibles habitantes del foso; sin embargo, contra la corriente eléctrica no había remedio alguno.

De repente, se oyó un agudo grito:

—¡Enciendan los reflectores, maldita sea!

Un poderoso haz de rayos luminosos barrió el foso y se acercó a la torreta, pasando de largo a continuación. Para acceder a la cúpula, era necesario emplear una escalera interior, en caracol.

Gilbert se hallaba al otro lado de la puerta cuando el reflector alumbró aquel sector. A treinta metros de distancia, divisó la torre principal, tan inalcanzable como si estuviera en los antípodas.

Más reflectores se encendieron. Gilbert asomó ligeramente la cabeza y divisó media docena de individuos, todos ellos armados con pistolas ametralladoras, que recorrían el jardín con grandes precauciones.

Aquellos sujetos vestían una especie de uniforme, sencillo, sin pretensiones, pero cuya vista dio a Gilbert una idea. De pronto, uno de ellos se volvió hacia la casa:

—¡La pasarela! De otro modo, no podemos revisar la torreta número cuatro.

Gilbert empezó a subir cautelosamente hacia la cúpula.

Momentos después oyó pasos en la planta baja.

—Sube tú —dijo uno—. Yo me quedo aquí, vigilando.

—Está bien —contestó el otro.

Los pasos sonaron ahora en los peldaños metálicos de la escalera de caracol. Una cabeza asomó de repente por la trampilla que permitía el acceso al puesto de combate. Pero, casi en el mismo instante, el sujeto sintió en su sien derecha el contacto de una pistola.

—Si gritas, te vuelo los sesos —dijo Gilbert en voz baja.

El hombre se quedó rígido. Gilbert le hizo señas de que terminara de subir.

La voz de su compañero sonó abajo:

—Eh, tú, ¿ves algo de particular?

—Contesta que el teléfono está averiado y que tratas de arreglarlo, con los otros dos —susurró Gilbert—. Dile que será cuestión de cinco minutos.

El hombre obedeció. Apenas había terminado de hablar, Gilbert le golpeó fuertemente en la cabeza.

Dos minutos más tarde, un hombre uniformado descendía por la escalera.

—El teléfono estará arreglado en seguida —dijo Gilbert.

—Bueno, vámonos. Eh, tú no eres... —El guardia se percató súbitamente del engaño, pero no fue tan rápido como Gilbert.

Instantes después, un cuerpo yacía en el suelo de la planta. Gilbert inspiró con fuerza y salió del exterior.

Una pasarela móvil estaba a diez metros de distancia. Gilbert la cruzó con toda naturalidad. Luego derivó hacia su derecha, con objeto de alcanzar la torre principal.

Debajo de las ropas del guardia llevaba las suyas propias. Era algo embarazoso, pero no quería perder algunos de los elementos de su equipo que, de otro modo, hubiera visto obligado a abandonar.

La torre principal tenía una puerta de pequeñas dimensiones. Gilbert empezó a manipular en la cerradura.

De pronto sonaron algunos gritos.

—Yuke y Dwaney están muertos...

Ya habían descubierto a los vigilantes de la torreta bombardeada. O tal vez eran los dos hombres caídos en el agua y electrocutados.

A Gilbert le importaba poco en aquellos momentos. Ya estaba en el interior de la torre.

Encendió una linterna. Su sorpresa fue grande al percatarse de que sólo había cuatro paredes desnudas.

No había pisos intermedios ni mobiliario, aunque en un rincón divisó una pareja de artefactos, como jamás los había visto hasta entonces, pero que llamaron muy especialmente su atención.

Durante unos minutos, permaneció examinando los artefactos. Al fin creyó comprender su objeto.

Sonrió. «No está mal, como medio de retirada», se dijo para sí.

Junto a la puerta que comunicaba con el interior de la casa,

divisó un pequeño cuadro de mandos. Evitó tocarlo en absoluto, por si ponía una alarma en funcionamiento, pero supuso que alguno de aquellos mandos serviría para abrir la cubierta de la parte superior.

Diez minutos más tarde abrió la segunda puerta. Entonces se halló en una especie de laboratorio, en el que había un hombre trabajando en unos extraños aparatos, que parecían pequeños cañones portátiles.

Gilbert le apuntó con su pistola.

—Quieto —dijo.

El hombre se volvió, sorprendido, y le miró con curiosidad por encima de sus antiparras.

—¿Quién es usted? —preguntó.

De repente, Gilbert se sintió acometido de una sospecha.

—Oiga, usted es el profesor Wakeman —exclamó.

—Así me llamo, pero dígame, ¿quién es usted y qué hace aquí?

—Mi nombre no hace al caso, profesor. Lo que sí importa es saber si está aquí voluntario o a la fuerza.

Wakeman suspiró.

—¿Cree que un científico de mi categoría puede estar aquí voluntariamente? —contestó.

—Le secuestraron, ¿eh?

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Wakeman.

—Un hombre llamado Dan Hart vino a verme. Me habló de usted, aunque no fue demasiado explícito con respecto a sus trabajos. Por lo visto, sigue sus investigaciones aquí, ¿no es cierto?

Wakeman se encogió de hombros.

—Lo siento. Tengo un horrible pánico al dolor físico. Me amenazaron y... Hay veces en que un hombre no tiene otro remedio que ceder, compéndalo.

Gilbert asintió.

—Nadie se lo reprochará, profesor, pero dígame, ¿en qué consisten sus experimentos?

Una voz sonó de pronto a espaldas del joven:

—Bruce Gilbert, si no tienes inconveniente, yo mismo te daré las explicaciones que solicitas del profesor Wakeman.

Gilbert se estremeció.

—Tienes una voz que no se puede olvidar jamás, Huck Fisher, alias Richard Caydin, alias Syphax.

Se oyó una fuerte carcajada.

—Ya era hora de que te acordaras de mí, Bruce —contestó el hombre que se hacía llamar Syphax.

CAPÍTULO XIII

Después de unos segundos, Gilbert dijo:

—Supongo que tendrás una pistola en la mano, Huck.

—Lo has acertado. Bruce, querido amigo, no me gustaría meterte una bala por la espalda. Ciertamente, voy a matarte, pero emplear una pistola corriente en un antiguo y querido amigo, me parecería una indignidad.

Gilbert abrió los dedos. La pistola cayó al suelo.

—Hace ya muchos años que no nos vemos, Huck —dijo.

—Hubiera dado algo muy valioso para que este encuentro no se hubiera producido —respondió Fisher—. ¿Por qué, entre todos, tenías que ser tú?

—Digamos las cosas de la vida, ¿no te parece?

—Sí, la vida tiene, a veces, cosas muy desagradables.

—Pero ¿de qué están hablando? —preguntó Wakeman, perplejo.

—Usted siga con lo suyo —ordenó Fisher—. Mi amigo y yo vamos a sostener una conversación muy interesante, aunque en otro sitio. Camina, Bruce, y recuerda que hay una pistola a dos palmos de tu espalda. Más cerca, sería peligroso, lo mismo que más lejos.

—Sí, dos palmos es la distancia correcta —reconoció Gilbert, con acento intrascendente.

Un par de hombres armados con metralletas aparecieron de pronto en la estancia.

—Vigilen al profesor —ordenó Fisher—. De éste me ocupo yo.

—Bien, señor.

Atravesaron un salón. Fisher, sin perder de vista a su prisionero, tocó en una puerta con los nudillos.

—Apresúrate, querida —exclamó—. Tengo una sorpresa para ti.

—Voy en seguida, Huck —sonó una voz de mujer.

Los dos hombres salieron a la terraza delantera. Gilbert tenía una duda.

—Huele —dijo—, ¿quieres creer que no logro recordar el origen del seudónimo que has adoptado?

Fisher se echó a reír.

—Pero, hombre, si lo hice precisamente para que supieras que era yo —exclamó jovialmente—. Cuando teníamos diez años, hicimos una obra de teatro para niños y ambos desempeñamos los papeles principales en *Syphax, el príncipe de Numidia*. Yo era Syphax, ¿recuerdas?, y tú Caius Quintus Amelitus, el tribuno romano.

Gilbert chasqueó los dedos.

—Es cierto, ya no lo recordaba en absoluto. Amelitus, el tribuno, derrotaba a Syphax y lo capturaba, llevándolo a Roma, encadenado a su carro de vencedor.

—Exactamente, sólo que ahora no habrá derrota de Syphax, sino del tribuno.

—¿Tú crees, Huck?

—Seguro, Bruce.

—Muy seguro estás de ti mismo, pero no lo discutiré. Ahora bien, me gustaría saber cuál es tu interés por el Giant Sun y el resto de los diamantes. A menos que quieras convertirlos en dinero...

—Parte, sí, los convertiré en dinero, pero sólo serán los más pequeños. En cuanto a los mayores, incluido el G. S., sabrás muy pronto por qué los hice... traer aquí.

—Sospecho que el profesor Wakeman tiene algo que ver con este asunto de los diamantes.

—Tienes una mente privilegiada —rió Fisher—. ¿Por qué se le ocurriría a esa tonta de Maxence contratarte a ti?

—Estuviste siempre muy bien enterado de todos mis pasos, incluido el viaje de Tania Shadowa a Atenas. El mayordomo de Maxence era un tipo utilísimo para ti, y no digamos la secretaria.

—Cierto —convino Fisher—. En cuanto me enteré de que el Hombre Infalible había sido elegido por la señora Van der Carveen, presentí que la lucha iba a resultar difícilísima.

—Ni siquiera intentaste sobornarme...

—No lo hubieras aceptado. Además, precisamente contigo, el asunto ha tenido siempre un interés fascinante. Con sinceridad. Bruce, me has librado de muchos estorbos.

—¡Hum! Diríase que estabas a punto de liquidar la organización.

—Más o menos —admitió Fisher tranquilamente.

—Así se comprende la decapitación de Voorstis y el exterminio de su servidumbre. Y no me dirás que eso lo hice yo.

—No se me ocurrirá acusarte de algo en lo que no tienes la menor parte de culpa. Voorstis resultó un elemento muy valioso para mí, hasta que llegó el instante en que de útil había pasado a estorbo.

—¿Qué me dices del hombre que murió en la bañera?

—Fue un exceso de celo. Todos los excesos son nocivos —rió Fisher.

—En eso tienes razón —admitió Gilbert—. Pero todavía no me has dicho para qué quieres los diamantes.

—¿Deseas saberlo?

—Si no tienes inconveniente...

De repente, se oyó el repiqueteo de unos tacones. Una hermosa mujer salió a la terraza, brillantemente iluminada.

—Hola, Bruce —saludó con una voz algo ronca y grave, que sabía ser muy seductora e insinuante cuando convenía, y que Gilbert conocía muy bien.

—Hola, Syra Deacon —respondió él, con los labios contraídos.

Era de mediana estatura y de formas tan perfectas como las de una obra de arte. Vestía de un modo terriblemente audaz, con dos pequeños cuencos, sujetos con hilos de plata, que cubrían los senos, de curvas fascinantes. El resto de la indumentaria eran unos pantalones de tejido de plata, ajustados a la parte inferior del cuerpo como una segunda piel.

Parecía una sirena, pensó Gilbert, sólo que en lugar de llevar el pelo suelto, lo tenía artísticamente peinado en un alto copete, que dejaba al descubierto las orejas, costosamente cargadas de pendientes, y el cuello de cisne.

Aquella era la mujer que debía haber sido su esposa, pensó Gilbert con amargura. La transformación que había sufrido Syra, de dulce y tímida, a sensual vampiresa, era asombrosamente radical.

—Querida, Bruce desea saber para qué tenemos aquí el G. S., y los demás diamantes —dijo Fisher, rompiendo el breve silencio que se había producido tras la aparición de la mujer.

—Tienes un conejillo de indias, creo —contestó ella con indiferencia.

—Es verdad. Bruce, lo dejaste ir para que me avisara.

—Más o menos, Huck.

—Sabía que llegarías. Pero tu llegada se ha producido con notable escándalo. Muy aparatosa —sonrió Fisher—. Y ha estado a punto de ser efectiva, aunque fallaste en el último momento. Sin embargo, no he logrado entender cómo averiguaste tantas cosas de mi pequeño Pentágono.

—Fotografía aérea, Huck —respondió Gilbert escuetamente.

—Ah, ahora lo comprendo. —Fisher se echó a reír—. Estuviste apenas unos minutos sobre mi fortaleza; no era posible que consiguieras tantos detalles desde semejante altura y en tan poco tiempo.

—Bastaron media docena de placas, con teleobjetivo, por supuesto.

—Me descubro ante ti, Bruce. Y repito que es una lástima que hayamos tenido que enfrentarnos. ¡Sheng! —llamó Fisher de pronto.

Un sujeto, de rasgos orientales, apareció casi en el acto.

—Sheng Wu es el jefe de mi guardia personal —declaró Fisher—. Y hombre de toda mi confianza, por supuesto.

—Pero ¿confías en alguien, Huck? —dijo Gilbert sarcásticamente.

Un leve centelleo de cólera surgió en los ojos de Fisher.

—Sheng, tráete a Thorpe —ordenó con voz tensa—. Y el arma secreta; vamos a hacer una prueba delante de nuestro huésped.

—Sí, señor.

El chino se retiró. Gilbert se preguntó a qué arma secreta podía referirse el hombre que tiempo atrás había sido como un hermano para él y que ahora estaba dispuesto a matarle.

Sujeto por dos guardias, Thorpe apareció en la terraza. El hombre estaba terriblemente pálido y suplicaba perdón a voz en cuello. Fisher y Syra permanecían impasibles.

Sheng apareció a continuación, con una mochila a la espalda, de la que sobresalía un cable que terminaba en una especie de escopeta, de cañón muy corto y exageradamente ancho, que sostenía en las manos. El cañón era de color negro, pavonado, y tenía un visor de forma un tanto extraña.

Los dos guardias ya tenían instrucciones, porque sujetaron a Thorpe al tronco de un árbol, separándose a continuación. Fisher

miró a Gilbert de soslayo.

—¿Has oído hablar alguna vez de armas que desintegran, Bruce?

El joven se sobresaltó, a la vez que contemplaba la escopeta que el chino sostenía en sus manos.

—Huck, no me digas que...

—Sí, eso que estás viendo es un fusil desintegrante, como los que se utilizan en las historias de ciencia ficción. Sólo que aquí es un arma absolutamente real y efectiva. ¡Pruébala, Sheng!

—Sí, señor.

Thorpe aulló frenéticamente. Sheng tocó un interruptor situado en el lado izquierdo de la culata y luego apuntó con el arma al prisionero.

Sheng disparó. No se oyó el menor ruido, ni se vio un gran fogonazo; sólo una línea blanca que se dirigió en línea recta al cuerpo de Thorpe, cuyos chillidos cesaron en el acto.

Un segundo más tarde, Thorpe empezó a convertirse en vapor. Antes de un minuto, había desaparecido por completo.

Gilbert se sentía pasmado. Ciertamente, Fisher no había exagerado un ápice sobre el arma de la que se sentía tan orgulloso.

—Huck, ¿cómo...?

—Digamos que es una descarga luminosa, de alta intensidad, hecha pasar a través de un diamante, de grosor mínimo y perfectamente determinado, junto con otra descarga eléctrica de alta tensión. El diamante conduce, concentrados, los rayos luminosos y éstos, a su vez, son el hilo conductor de la electricidad. Las dos fuerzas, conjuntamente, al chocar contra un obstáculo sólido, desarrollan una cantidad de energía inimaginable. El obstáculo, por tanto, resulta destruido.

Fisher soltó una risita y añadió:

—Una interesante aplicación de las investigaciones de Wakeman.

—Sí, muy interesante —convino Gilbert—. ¿Piensas emplear también en mi tu cañón desintegrante?

Fisher se volvió hacia la mujer.

—Querida, ¿qué me sugieres? —consultó.

—Lo dejo a tu elección, pero no me gustaría estar presente. Como tú, aprecio a Bruce; sin embargo, no puedo dejar de pensar que, mientras viva, tendremos dificultades.

—Eso mismo pienso yo —concordó Fisher—. Bueno, la verdad es que me siento irresoluto y...

Alguien lanzó de pronto una exclamación:

—¡Jefe, tiene visita! ¡Es la señora Van der Carveen!

CAPÍTULO XIV

Gilbert dejó que se relajasen sus músculos. Durante un instante, se había sentido tentado de pasar a la acción, pero la llegada de Maxence alteraba, aunque sólo fuese momentáneamente, el curso de los acontecimientos.

Era mejor esperar, decidió, mientras escuchaba el rumor de un automóvil que se acercaba a la explanada.

El coche se detuvo a pocos pasos de la terraza. Maxence, elegantemente vestida, se apeó en el acto.

—Creo que ya era hora de que nos viésemos de nuevo, Huck —dijo.

—Me has estado buscando durante mucho tiempo, Maxie —manifestó Fisher. Meneó la cabeza y añadió—: Si hubiera empezado por ti, las cosas, quizá, hubieran tomado un rumbo muy distinto.

—¿Por qué no dices mejor que debieras haberte aliado conmigo, en lugar de unirme a esa Cleopatra de guardarropía? —contestó Maxence despectivamente.

—Cállese —gritó Syra, furiosa al verse tratada de aquel modo—. Huck fue demasiado bueno con usted, pero ahora él tendrá que elegir entre las dos. Y me elegirá a mí y a usted la enviará al infierno.

Maxence seguía sonriendo.

—¿Está segura? —contestó, desafiante.

—Basta, basta —terció Fisher—. No irán a pelearse aquí como dos verduleras, ¿eh? Recuerden que son señoras bien educadas y que no está bien que se tiren del pelo, aunque sea metafóricamente. Maxie, ¿me equivoco al suponer que has venido por causa de los diamantes?

—Demasiado lo sabes, Huck.

—Tengo hechos mis planes, Maxie. Difieren considerablemente de los tuyos.

—Hay un seguro de muchos millones...

Fisher se echó a reír.

—¿Qué importa ahora eso? —respondió. Volvió los ojos hacia Gilbert y continuó—: Bruce, ¿te imaginas lo que cualquier Gobierno pagaría por mi arma secreta?

—Me lo imagino fácilmente, si se encuentran los diamantes necesarios para emplearlos en miles de fusiles semejantes al que tiene Sheng. En tal caso, te pagarán lo que quieras por el invento. Pero dudo mucho...

Fisher se inclinó un tanto hacia adelante.

—Bruce, he experimentado con diamantes naturales porque no tenía otro remedio —declaró—. No podía montar una instalación de fabricación de diamantes artificiales, que darían el mismo resultado, dado que me hubiera costado mucho tiempo y dinero, cosas ambas de las que no podía disponer como hubiera deseado. Pero el profesor Wakeman asegura que los diamantes artificiales darán el mismo resultado.

—En ese caso, no me queda otro remedio que felicitarte —dijo Gilbert calmamente.

Maxence frunció el ceño.

—De modo que me has engañado, Huck —murmuró.

—Lo siento, preciosa —sonrió Fisher—. No tenía otro remedio.

—Me has engañado doblemente: con los diamantes... y con esa odalisca de tres al cuarto. No te lo perdonaré, Huck.

—Hazla callar de una vez —chilló Syra descompuestamente.

—Sí, ahora mismo...

—Espere, tonta, déjeme fumar mi último cigarrillo —exclamó Maxence—. Cuando lo haya terminado, me iré a situar delante del pelotón de fusilamiento.

Hubo un instante de silencio. Maxence soltó las presillas del bolso que había traído consigo.

Gilbert también sintió deseos de fumar, pero no se atrevió a meterse las manos en los bolsillos, temiendo que lo tomasen como un gesto hostil. Cuatro o cinco pasos a su izquierda, Maxence terminó de abrir el bolso, metió la mano en su interior y sacó un revólver, con el que disparó tres veces al desnudo estómago de la otra mujer.

Syra chilló y se tambaleó. Aturdido, Fisher dudó un momento.

Maxence hizo fuego de nuevo. Su siguiente proyectil fue a parar directo a la frente de Fisher, quien se derrumbó sin lanzar un solo grito.

Gilbert decidió que ya era hora de pasar a la acción. Por fortuna para él, Fisher se había limitado a dejarle sin la pistola.

Pero no le había registrado y bajo los ropajes llevaba otras armas, no menos terribles y mortíferas. Alargó el brazo izquierdo y algo partió zumbando agudamente hacia el pecho de Sheng.

El chino gritó ahogadamente al sentir en su carne la mordedura del dardo disparado por un potente resorte. Braceó un poco y cayó hacia atrás.

Sujeto al brazo derecho, Gilbert llevaba también otro lanzadardos. Un nuevo proyectil alcanzó de lleno el hombro derecho del guardia que tenía más próximo, dejándole fuera de combate en el acto.

Pero todavía quedaba otro, y tenía una metralleta. Súbitamente, alguien disparó una pistola desde el automóvil de Maxence.

El tercer guardia cayó. Atónito, Gilbert miró hacia el coche y vio a Tania que se apeaba resuelta, con una pistola en la mano.

—¡Tania! —gritó.

Maxence frunció el ceño.

—Has venido sin que yo lo supiera —dijo.

—Sí —contestó la muchacha.

De pronto, se oyó un gemido. Gilbert se arrodilló al lado de Syra, cuyo pecho y vientre aparecían cubiertos de sangre.

—Syra —llamó.

Ella abrió los ojos un instante. Trató de sonreír pero sólo le salió una mueca de dolor.

—Equivocé... mi... camino... —murmuró.

Gilbert no quiso decir nada. Ya no era hora de reproches.

De pronto, la cabeza de Syra se dobló a un lado. Suspiró un poco y se quedó quieta.

Gilbert se incorporó. Allí yacían dos personas, el hombre que había sido como un hermano para él y la mujer que debiera haberse convertido en su esposa. La vida, pensó, tenía a veces crueles ironías.

Cuatro o cinco sujetos uniformados permanecían quietos, a prudente distancia. Gilbert se volvió hacia la muchacha.

—Tania, ¿cómo...?

—Tenía que venir —contestó ella simplemente—. Sabía que Maxence acudiría a este lugar y me escondí en su coche.

—¡Maxence! —exclamó él de pronto—. ¿Dónde está?

Uno de los guardias señaló hacia el interior de la casa.

—Ha ido por ahí...

—¡Atiendan a los heridos! —ordenó el joven, a la vez que echaba a correr hacia la casa:

Tania le siguió. Gilbert alcanzó el laboratorio.

—Profesor, ¿ha pasado por aquí una...?

Wakeman extendió un brazo, sin abandonar la mirada del aparato que tenía ante sí.

—Por ahí —dijo lacónicamente.

Gilbert se precipitó hacia la puerta que daba a la torre.

—Está cerrada —masculló.

Retrocedió unos pasos. Ya se disponía a cargar contra la puerta cuando, de pronto, sonó la voz de Maxence a través de un pequeño altavoz:

—Bruce, ¿eres tú?

—Sí. ¡Abre, Maxie!

—Lo siento. Siento lo ocurrido, pero, compréndelo, no tenía otro remedio. Lo has hecho muy bien, Bruce, incluso mejor de lo que yo esperaba. Ya te enviaré el dinero algún día.

—Pero, Maxie... Tú sabías que Fisher estaba aquí desde el primer momento.

—Claro —rió la mujer—. Lo que nunca pude imaginarme es que tratase de emplear los diamantes para otro fin. Los planes que habíamos elaborado eran muy distintos.

—¿Qué planes eran éstos, Maxie?

—Cobrar el seguro, tonto. Ah, por si te interesa, te diré que tengo en mi poder la mayor parte de las piedras, incluido el Giant Sun. Gracias, Bruce.

—Maxie, empiezo a sospechar que me has usado como instrumento para destruir la organización de Fisher.

—¿Ahora te das cuenta de ello? Lo hiciste muy bien y siempre te lo agradeceré, Bruce. No temas, en cuanto me sea posible te enviaré el dinero acordado. Pero ahora he de irme de aquí... Te sorprenderías si supieras el medio que voy a emplear para escapar

de este lugar, sin que nadie me siga ni sepa adónde voy.

—Un propulsor individual —dijo Gilbert en voz baja.

—¿Cómo? —exclamó Tania.

La voz de Maxence sonó de nuevo:

—Adiós, Bruce.

Al otro lado de la puerta se oyó un sordo rugido. Gilbert echó a correr hacia una de las ventanas, la abrió y saltó al jardín.

Tania le siguió en el acto. Un segundo después, vieron elevarse hacia lo alto un bulto oscuro, del que brotaba un rojo chorro de fuego.

—Había en la torre dos propulsores individuales de gran potencia —dijo Gilbert—. Sin duda, Fisher los tenía preparados para caso de una retirada urgente.

—Y ella se va ahora... con los diamantes —gimió Tania.

—¿Qué te importa eso a ti?

—¿Cómo que qué me importa? —exclamó ella, muy sulfurada—. Mi padre es el director general de la compañía de seguros...

—¿Pagarán la indemnización concertada? ¿No está la póliza a nombre de Maxence?

—Sí, claro...

—Ellos, o por lo menos ella, pensaban simular el robo y cobrar varios millones. Pero ya se ha descubierto que no hay tal robo, por lo que la compañía de seguros queda liberada de su responsabilidad.

—Eso es cierto —convino la muchacha—. ¡Oye, qué alto está subiendo Maxence!

—Más alto subirá todavía —dijo Gilbert fríamente, pensando en las manipulaciones efectuadas en los propulsores, durante su estancia en la torre.

El propulsor continuaba funcionando a plena potencia. Maxence trató de desviarlo, pero no lo consiguió.

Preocupada, accionó los mandos con más fuerza. Todo resultó inútil.

Un horrible pánico asaltó su mente. El combustible no era inagotable. El propulsor podía volar a gran distancia, pero, inexorablemente, llegaba un momento en que los depósitos de combustible quedaban vacíos.

Siguió subiendo, subiendo... Ya hacía un frío espantoso; y las

luces del suelo apenas se divisaban.

El propulsor no se detenía. Maxence, enloquecida, gritó agudamente. Pese al traje protector que formaba parte del equipo, sentíase a punto de morir de frío.

Y la ascensión continuaba. Empezó a notar la falta de aire. Debía de hallarse a más de ocho mil metros de altura, pensó, aterrada.

Jadeó estertorosamente, buscando oxígeno para sus pulmones. Todo dio vueltas a su alrededor.

De repente, los motores tosieron espasmódicamente. La velocidad de ascensión se redujo.

Casi inconsciente, Maxence se dio cuenta de que iba a morir. El propulsor se detuvo de pronto.

Durante una fracción de segundo permaneció inmóvil, suspendido en el aire. Luego empezó a caer, cada vez con mayor velocidad..., más velocidad..., más velocidad...

El propulsor y su única ocupante daban volteretas en el aire. Maxence, sin embargo, ya no sentía nada.

Había perdido el conocimiento por falta de oxígeno. Pero unos minutos más tarde, al entrar en una zona más densa de la atmósfera, volvió a recobrar la consciencia.

Y entonces vio que las luces del suelo se acercaban rápidamente. Muy rápidamente.

Gilbert y Tania oyeron un distante chillido. Luego, un sordo choque.

Tania volvió los ojos hacia el joven.

—Ya ha vuelto —musitó ella.

Gilbert asintió.

De pronto, pasó un brazo por los hombros de la muchacha.

—Tania, quiero decirte una cosa —exclamó.

—¿Sí, Bruce?

—Voy a abandonar este oficio.

—¿Qué harás? —preguntó ella.

—No lo sé. Pero tú mencionaste algo en cierta ocasión sobre unas zapatillas y un periódico junto al fuego, los niños en el colegio...

—Es una bonita perspectiva, Bruce.

—Y tú dejarás también de ser agente de tu compañía de seguros. No quiero que corras más riesgos. Es decir, sí, correrás el riesgo...

de vivir a mi lado.

Tania rió, a la vez que se apretaba contra el pecho del hombre.

—Es un riesgo que afrontaré con mucho gusto —contestó.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

